

UN SUSTO PARA LOS SIETE SECRETOS



Enid
Pluton

Lectulandia

Las disputas amenazan con disolver los Siete Secretos cuando un valioso miembro dimite. Pero los ladrones de perros están trabajando en el pueblo, y cuando Matt el pastor pierde a su perro pastor, *Shadow*, y después desaparece *Scamper*, los niños dejan de sentir lástima por ellos mismos y se convierten en detectives.

Lectulandia

Enid Blyton

Un susto para los Siete Secretos

Siete Secretos - 13

ePub r1.1

Titivillus 14.09.15

Título original: *Shock for the Secret Seven*

Enid Blyton, 1961

Traducción: Federico Ulsamer

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



UN SUSTO PARA LOS SIETE SECRETOS

Enid Blyton

Illustrated by Burgess Sharrocks

C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la decimotercera novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

Los Siete Secretos se reúnen en pleno

—¿Cuándo volveréis a reuniros los Siete Secretos? —preguntó la madre de Peter.

—No lo sé, mamá. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió Peter, levantando la vista de su libro.

—Porque he pensado que, si tenéis que reuniros, podríais hacerlo en casa. Con este tiempo no debéis ir al cobertizo. Hace demasiado frío y allí se siente más.

—Eso no puede ser, mamá —intervino Janet—. Aquí nuestra reunión no sería secreta. El cobertizo es el local de nuestro club.

—Pues entonces tendréis que caldearlo un poco —dijo la madre—. No voy a dejar que pesquéis un resfriado en vísperas de Navidad. ¿No podéis estar sin reuniros hasta después de las fiestas?

—No, mamá —repuso Janet—. Precisamente hemos pensado repartir en el cobertizo los regalos de Navidad que estamos preparando. Tenemos que celebrar lo que yo llamaría la reunión «del regalo de Navidad», ¿comprendes? Si es necesario estaremos con los abrigos puestos.

—¡Con abrigos o sin abrigos, os helaréis! —exclamó la madre—. Os prestaré nuestra nueva estufa de seguridad. Aunque se vuelque, no puede ocurrir ninguna desgracia, pues está construida para eso. En fin, que no tendré que temer que se incendie el cobertizo.

—¡Gracias, mamá! —Dijeron los dos niños a la vez, en una explosión de alegría.



Scamper expresó su conformidad con un fuerte ladrido.

Janet se echó a reír.

—Dice que se alegra por lo de la estufa —tradujo—. Tiene mucho frío estos días. ¿Verdad, *Scamper*?

—Lo que debéis hacer es llevarlo a pasear —opinó la madre—. Ya sabéis que es lo que más le gusta. En cambio, vosotros sois unos perezosos desde hace algún tiempo. Así se comprende que estéis engordando.

Se fue. Janet y Peter se miraron.

—Entre los exámenes y una cosa y otra, nos pasamos el día sentados y, lo que es peor, sin ni siquiera pensar en el Siete Secretos —dijo Peter—. ¡Con lo bien que lo pasaríamos en el cobertizo con la estufa! Podríamos llevarla y dejar allí las cosas que estamos haciendo para Navidad. Así nos ahorraríamos el trabajo de quitarlas de la mesa antes de las comidas.

—Avisaremos a los demás —dijo Janet, feliz—. Pero necesitamos una nueva contraseña. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos reunido! Pensemos una.

—¡Crema quemada! —dijo Peter, riendo.

—¡Qué tontería! —refunfuñó Janet—. Eso suena lo mismo que «perros calientes» o «huevos fritos con jamón».

—¡Perro caliente! —exclamó Peter—. ¡Magnífico! ¡Has tenido una gran idea, mi vieja!

—No me llames «mi vieja» —replicó Janet—. Deja eso para tío Barti, que siempre llama así a la tía.

—Está bien, jovencita. Pero eso de «perro caliente» merece un «hurra». Es una contraseña que nadie olvidará. Porque significa nada menos que salchicha asada con mantequilla...

—Tú por lo menos no la olvidarás, porque hace poco las comimos y te zampaste cuatro. ¡Menudo dolor de barriga te cogió! ¿Te acuerdas?

—Perfectamente —repuso Peter—. *Scamper* —añadió encarándose con el perro—, la contraseña es «perro caliente». ¡No lo olvides!

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper* moviendo la cola.

Al día siguiente, al llegar al colegio, Peter esperó a sus amigos Jack, Colín y Jorge, y se los llevó a un rincón del patio.

—Reunión de los Siete Secretos el sábado a las diez de la mañana en el cobertizo —les dijo—. La contraseña es «perro caliente». Ya sabéis: salchicha asada con mantequilla.

—¡Vaya una contraseña! —protestó Jack—. Nunca las recuerdo cuando son tan raras. Me la tendré que apuntar.

—¡No! Por favor, no te la apuntes —dijo Peter—. Tu hermanita, ese demonio de Sussy, podría encontrar tu cuaderno de notas y enterarse.

—Bien; procuraré aprendérmelo —dijo Jack—. Compondré unos versos para que me ayuden a recordarlo. Vamos a ver cómo me salen: Había un viejo rey que era un hombre muy valiente y al que le gustaban con delirio los perros calientes.

—¡Ja, ja! ¡Ahora sí que me acordaré! ¡Seguro!

—¿Te has enterado de la hora de la convocatoria? —le preguntó Peter—. Pareces algo distraído esta mañana.

—Sí —confesó Jack—. Es que estoy preocupado por los exámenes y la llegada del viejo Bony. Viene a vivir a casa, ¿sabes?, y...

—¿El viejo Bony? —le interrumpió Peter—. A lo mejor es el conejito de la

suerte, ¿no? Hablaba en broma, pero estaba muy interesado.

—No digas burradas —replicó Jack—. Es un muchacho francés. Aquel amigo en cuya casa estuve yo el año pasado, cuando fui a Francia. Su verdadero nombre es Jean Bonaparte; no tiene nada que ver con el emperador. Es la mar de serio y formal. Te advierto que no me hace ninguna gracia que venga. Espero que a Sussy le guste y me libre de él. Tiene la costumbre de coquetear con los forasteros.

—No digas nada a Sussy de nuestra reunión del sábado —le advirtió Peter—. Embárcala en cualquier plan con el tal Bony.

—Supongo que no me permitiréis que lo lleve a la reunión —dijo Jack—. Lo digo porque mi madre no querrá que le deje solo el sábado llegando, como llega, el viernes. Le parecerá una desatención que lo abandone tan pronto.

—No parece muy entusiasmado ante el anuncio de una reunión del Siete Secretos —dijo Peter.

—¡No seas asno! ¡Estoy contentísimo! Lo que pasa es que mi madre no es como las vuestras: ella no da importancia a nuestro club. Desde luego, haré lo imposible por ir a la reunión.



Nunca había estado Jack tan inquieto.

—Bien; pero procura que Sussy no se entere, y sobre todo, que no averigüe el santo y seña —dijo Peter muy serio—. Supongo que recordarás aquella vez en que ella y Binkie, su cursi y antipática amiga, entraron en nuestro cobertizo, cerraron la

puerta y nos exigieron la contraseña para dejarnos pasar.

Jack refunfuñó haciendo una mueca:

—Sí, lo recuerdo, fue una canallada; pero hay que reconocer que tuvo su lado divertido. En fin, no me perderé la reunión. Iré por encima de todo. Aunque tenga que dejar solo a Bony en una tienda de helados y haya de comprarle una docena para entretenerlo. ¿Qué contraseña me has dicho, Peter?

Pero Peter se había ido ya.

—¡Mecachis! Ya no me acuerdo... ¿Un viejo rey?... ¿Salchichas?... ¿La hora de comer?...

Jack se marchó desesperado. La vida estaba llena de complicaciones. Su hermana Sussy, los exámenes, las fiestas de Navidad, aquel bobalicón de Bony... Sí, la vida estaba llena de complicaciones.

¡El santo y seña, por favor!

Era la mañana del sábado. Peter y Janet estaban muy atareados. Llevaron la estufa de seguridad al cobertizo y lograron que el jardinero la encendiera. Éste echó una mirada por el local.

—¡Qué abandonado está esto! ¡Y qué sucio! Necesita una buena limpieza. ¡Lástima de cobertizo!

—¡No sé por qué ha de darle lástima! —exclamó Peter—. Es un sitio superior para nuestras reuniones.

—Ya lo sé. Demasiadas reuniones he padecido. El mes pasado tenía extendidas las cebollas aquí, y apenas las había colocado, tuve que quitarlas para que pudierais reuniros.

—Fuimos nosotros los que las recogimos, señor jardinero; no usted —exclamó, indignada, Janet—. Usted ni siquiera las tocó.

El jardinero soltó uno de sus gruñidos y salió. *Scamper* echó a correr, persiguiéndole.

—Déjalo, *Scamper* —ordenó Janet—. Ese hombre siempre se ha creído que el cobertizo es suyo... Oye, Peter. Podríamos hacerle un regalito de Navidad al jardinero. No es tan malo como parece. Un poco gruñón, y nada más. ¿Te acuerdas de las manzanas que nos dio en el otoño para que tuviéramos algo aquí?

—Sí, pero creo que ya nos las hemos comido todas —dijo Peter con cierta esperanza. Después de mirar en el estante, añadió—: No, aún nos queda una, pero está negra y arrugada. Oye, ¿no te parece que esta estufa da mucho calor y que teniéndola encendida da gusto estar aquí? Barre un poco, Janet. Yo colocaré los cajones que nos sirven de sillas... Supongo que no habrás olvidado la insignia... No, ya veo que la llevas puesta. A ver si los demás se acuerdan también de ponérsela.

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper*.

—Comprendido. Dices que has perdido la tuya persiguiendo a los conejos —dijo Peter—. Janet te hará otra cuando tenga tiempo.

—¡Guau! —repitió *Scamper*.

Y se echó junto a la estufa moviendo la cola. Estaba contento porque sabía que iba a ver a todos sus amigos «secretos».

—Ya son cerca de las diez —exclamó Peter mirando su reloj—. ¿Serán capaces de retrasarse?

Ambos se sentaron en los cajones para esperar. La puerta, en la que campeaban las grandes iniciales C.S.S., estaba bien cerrada. Al fin, se oyeron pasos y alguien llamó con fuertes golpes.

—Peter, ¿cómo es la contraseña? —susurró de pronto Janet—. ¿No era algo así como salchichas?

—¡Calla! —le ordenó Peter, y luego preguntó al que llamaba—: ¡El santo y seña, por favor!

La voz de Jack repuso:

—Pues... se me ha olvidado. Sólo recuerdo que es algo de comer o relacionado con la comida. ¿Carne asada?

—No.

—¿Huevos fritos con tocino?

—¡Vete a paseo! Si no te acuerdas, ya puedes volverte a casa.

Janet tiró de la manga de Peter y murmuró a su oído:

—Piensa que yo tampoco me acuerdo. Déjalo entrar.

—Eso sería antirreglamentario —repuso Peter, enfadado.

—Oye, ¿no será «Un viejo Rey»? —preguntó, apuradísimo, el pobre Jack.

—¡No! —dijo Peter.

En ese momento volvieron a oírse pasos que se acercaban, y Peter repitió:

—¡El santo y seña, por favor!

—¡«Perro caliente»! —respondió una voz femenina. Peter abrió la puerta y apareció Sussy, la hermana de Jack, seguida de un muchacho delgadísimo.

—¡Sussy! ¡Largo de aquí! —exclamó Peter, indignadísimo—. ¡Tú no perteneces al Siete Secretos! ¿Cómo sabes la contraseña?

—Se la oí decir a Jack. La estaba repitiendo hace dos días para metérsela en la cabeza —contestó Sussy.

—Jack, has roto el secreto de nuestra contraseña y has descubierto a Sussy el lugar y la hora de la reunión —gritó Peter, furioso.

Entre tanto, habían llegado los demás, y se habían quedado en la puerta paralizados de estupor, mirando al enfurecido Peter, al pálido Jack, a la burlona Sussy y a aquel chico tan flaco al que no conocían.



—¿Qué ocurre? —preguntó Jorge—. Y ¿quién es éste?

Se quedó mirando a Bony, el cual le devolvió la mirada a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Mi nombre es Jean Baptiste Bonaparte —dijo el muchacho, haciendo una gentil reverencia—. Vivo en casa de mi buen amigo Jack. Su amable hermana me ha traído aquí. Muchas gracias.

Hubo un breve silencio. Nadie sabía exactamente qué decir. Al fin, habló Colín.

—Yo no sé qué enredo es éste, pero, por lo que más quieras, Peter, déjanos entrar. Aquí hace un frío que pela. Tengo la nariz helada; para mí ha dejado de existir.

Entraron todos en el cobertizo. Incluso Sussy y el chico francés. Esto fue demasiado para Peter.

—¡Es el colmo! —exclamó furibundo—. ¡Vaya reunión secreta! ¡Hala, Sussy! ¡Ahueca y llévate a este Buggs, Bony o como se llame! Aquí están de más los que no pertenecen al club de los Siete Secretos.

—Está bien. No lo siento por mí, sino por mi madre. Va a recibir un gran disgusto —dijo Sussy con su nariz respingona levantada en un gesto de desafío—. Cuando Jack le explicó que no podía ir de paseo con Bony porque tú le habías ordenado que acudiera a la reunión de los Siete Secretos, mamá dijo que estaba conforme, que podía venir, pero con Bony. Y como él no ha querido traerlo, lo he traído yo.

—Pues te lo vuelves a llevar —gruñó Peter—. ¿Has oído? ¡Llévatelo en seguida! Y tú, Jack, puedes marcharte también.

—¡No! —replicó Janet—. Jack debe quedarse: es un miembro del Siete Secretos. ¡No te vayas, Jack!



Peter pierde los estribos

El pobre muchacho francés quedóse aturdido, sin saber qué hacer. De pronto, se alejó con paso rápido por el sendero, hacia la calle, volviéndose a cada momento para hacer torpes reverencias de despedida. Sussy le siguió, diciendo a grandes voces para que todos lo oyeran:

—¡Lo siento, Bony! Peter es un mal educado. Discúlpalo. Siempre ha sido un grosero.

—Lo mejor será que me vaya con ellos —dijo el confundido Jack.

Pero Peter lo hizo entrar de un empujón y cerró la puerta tan violentamente, que *Scamper* se asustó y empezó a ladrar.

—¿Qué escándalo es ese? —le gritó Peter, y su voz fue tan estentórea, que *Scamper* se asustó más aún y se calló.

Luego, Peter siguió reprendiendo a Jack.

—¡Es el colmo! Primero das lugar a que Sussy conozca la contraseña; después permites que se entere de la hora de la reunión. Y, además, no llevas la insignia. No eres digno de ser miembro de nuestro club. Y para colmo de desdichas, nos traes a ese chico extranjero.

—Yo no lo he traído, lo ha traído Sussy —se excusó el atemorizado Jack—. ¿Cómo podía saber yo que ella estaba escuchando detrás de la puerta de mi dormitorio cuando me repetía aquellos versos para que la contraseña se me grabase en la memoria? En cuanto a la insignia, no es que la haya olvidado. Si no me la he puesto, ha sido para que Sussy no la viese y me siguiera. Mírala. La he traído en el bolsillo. Sin embargo, tuve que decir la verdad a mi madre, pues quería saber por qué no podía ir de paseo con Bony esta tarde... Y ahora haz el favor de no seguir mirándome con esos ojos furibundos.

—¡Te miro como me da la gana! —bramó Peter—. Y te repito que no eres digno de...

—Ya lo he oído. No hace falta que lo repitas —le atajó Jack, devolviéndole la mirada retadora—. Y ya que no soy digno de ser miembro del club, tampoco a mí me interesa serlo. Así, pues, presento mi dimisión y me marcho. Aquí tienes mi insignia. Tómala o la tiro. Ya no la necesito para nada. Yo no tengo la culpa de ser hermano de Sussy... Así que ¡adiós!... Desde ahora seréis sólo seis, los «Seis Secretos».

Sacó la insignia del bolsillo y la arrojó a los pies de Peter.

Con la cabeza erguida se dirigió hacia la puerta. Reprimía las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos. Abandonar a los Siete Secretos era la decisión más dolorosa que había tomado en su vida.

Nadie se movió. Todos estaban sorprendidos por la inesperada y repentina explosión de Jack.

Peter miraba fijamente la insignia que Jack había arrojado al suelo, sin saber qué hacer, ni qué decir.

Pero *Scamper* sí que sabía lo que tenía que hacer. Corrió hacia la puerta ladrando. Parecía decir: «¡Vuelve, vuelve!». Después empezó a dar saltos alrededor de los pies de Jack y a intentar lamerle las manos. Pero Jack lo apartó.

—Vete. Ya no soy del grupo de tus amigos.

Scamper volvió al interior del cobertizo con la cabeza baja y el rabo entre las piernas y los fue mirando a todos con sus ojitos de color castaño, asustado y triste.

Janet lo abrazó, y volviéndose hacia su hermano, dijo:

—Peter, supongo que no dejarás que Jack se marche. Sabes muy bien que no fue culpa suya.

Bárbara prorrumpió en estruendosos sollozos. Las lágrimas brotaban de sus ojos a raudales. Peter le dirigió una furiosa mirada.

—¡Mira que eres tonta, Bárbara! Pediré a Jack que vuelva, pero hay que reconocer que ha perdido los estribos.



—Has sido tú quien lo ha perdido —gimoteó Bárbara—. Es la pri... pri... mera vez que nos pe... pe... lea... mos. ¡Qué pe... pena!

—Escribamos una carta —propuso Colín— diciéndole que no podemos estar sin él. Hemos de hacerle ver que lo sentimos. Tenemos que hacerlo, Peter. Has sido demasiado duro con él. Bien sabes que no es culpable.

—Ya sé que no es culpa suya tener una hermana tan pelma —confesó Peter, que se sentía un poco avergonzado—. Estoy de acuerdo en que escribamos la carta. La escribiré yo y la firmaremos todos. ¿Estáis de acuerdo? Siento haber perdido los

estribos. Reconozco que he estado demasiado duro; pero es que esa Sussy es capaz de hacer perder la paciencia al mismo Job. ¡Mira que atreverse a traer a ese extranjero flaco y descolorido, a ese Bony, a una reunión de los Siete Secretos! ¡Es el colmo del atrevimiento!

—No teme a nadie ni a nada —dijo Pamela—. Es una lástima que no pertenezca al Siete Secretos, pues hay que reconocer que es muy lista.

—¡Sussy en el Siete Secretos! —exclamó Peter—. ¡Es lo único que nos faltaba! ¡Qué tonterías dices, Pamela! ¡Cállate si no se te ocurre nada mejor!

—Ya vuelves a perder los estribos —advirtió Bárbara, saliendo en defensa de Pamela—. Anda, Peter; escribe la carta a Jack. Ahora mismo. No podría dormir esta noche si no supiera que sigue formando parte de nuestro club.

Peter pidió a Janet que fuese por una hoja de papel de cartas. Estaba avergonzado. Él no había querido herir a Jack, pero ¡aquel demonio de Sussy, aquella insoportable entrometida...! En fin, era preferible no pensar en ella. De lo contrario, volvería a perder los estribos.

Pronto estuvo Janet de vuelta con papel y sobre. Tras breve discusión acerca del modo de redactar la carta, Peter escribió unas líneas llenas de sinceridad y sencillez, que todos firmaron gustosos. La leyó en voz alta.

«Querido Jack: No exageremos las cosas, no nos compliquemos la vida. Estoy sinceramente arrepentido de las cosas que te he dicho. Bien sabes que si faltas tú, nuestro club no puede existir. No podemos convertirnos en los Seis Secretos. Nos reuniremos mañana por la tarde a las seis. Te rogamos que vengas. Te mando la insignia. Todos deseamos que vuelvas.

Te abrazan: Peter, Janet, Pamela, Bárbara, Colín y Jorge».

—Está muy bien —dijo Jorge—. Estoy seguro de que se alegrará al recibirla.

—Scamper tiene que firmar también —dijo Janet.

Acto seguido, impregnó de tinta una pata del perro y la aplicó debajo de las firmas.

—Ya está —dijo—. Ahora Jack sabrá que también Scamper desea su regreso. ¿Quién le llevará la carta? Debe recibirla en seguida.

—Yo me encargo de eso —se ofreció Jorge—. He de pasar por delante de su casa. La echaré en el buzón.

—De acuerdo. Pero mucho cuidado: Sussy puede estar al acecho —le advirtió Peter, mientras cerraba el sobre—. Aquí tienes la carta. Y ahora no lo olvidéis: nos reuniremos aquí mañana a las seis de la tarde. La contraseña será la misma. Para cambiarla, habría sido preciso decirle la nueva a Jack en la carta, y esto habría sido un peligro: Sussy es capaz de abrir una carta y de mucho más. En fin, que la contraseña sigue siendo: «perro caliente».

—Está bien —dijo Jorge cogiendo la carta—. Quiera Dios que mañana volvamos

a ser los Siete Secretos.

Inquietud en el Siete Secretos

Al día siguiente (domingo) por la tarde, Janet y Peter volvieron al cobertizo. Peter seguía dominado por el arrepentimiento, pero trataba de disimularlo, fingiendo compartir el buen humor inalterable de su hermana. Arreglaron el cobertizo y Janet puso unos dulces de chocolate en una bandeja. Era un obsequio de su madre.

—Mamá no sabe nada de nuestra disputa —dijo—. ¡Con tal que nadie se lo cuente! Está un poco extrañada de que celebremos dos reuniones tan seguidas.

—*Scamper*, échate —le ordenó Peter—. Estás muy inquieto esta tarde.

—Debe de acordarse de la discusión que tuviste ayer con Jack —dijo Janet—. No está acostumbrado a las disputas y se asustó.

—¡Pobre *Scamper*! —dijo Peter acariciándole la cabeza—. Mi viejo y querido *Scamper*, ¿qué haríamos sin ti?

«¡¡¡Pam, pam!!!».

Alguien llamaba a la puerta. Eran Pamela y Bárbara. Las dos a la vez dijeron en voz baja la contraseña

—«Perro caliente».

La puerta se abrió y las dos muchachas entraron muy satisfechas.

—Como veis, somos puntuales. ¿Aún no ha venido Jack?

—No —contestó Janet—. A lo mejor, llega ahora.

Pero los que llegaron después de las chicas fueron Jorge y Colín, que golpearon la puerta y pronunciaron a voz en grito y a coro la contraseña. Peter abrió.

—Tenía la esperanza de que vinierais con Jack —dijo tristemente—. Todavía no ha llegado... Pero lo veremos aparecer de un momento a otro. Aún falta un minuto para las seis. Coged los cajones y sentaos.

Todos estaban un poco nerviosos e inquietos ante la idea de que iban a enfrentarse con Jack. Para entretenerse, acariciaban a *Scamper* y charlaban sobre las próximas fiestas de Navidad, pero sin dejar de estar pendientes de la llegada de Jack.

—Ya viene —exclamó Peter cuando al fin se oyeron pasos.

—¡«Perro caliente»! —dijo una voz al otro lado de la puerta, y Peter se apresuró a abrirla, radiante de alegría.

Pero no era Jack, era Sussy. Las voces de los dos hermanos se parecían mucho. Allí estaba la niña, la mar de seria y con una carta en la mano, ofreciéndosela a Peter.

—Tomad y leedla —dijo—. Os merecéis todo lo que dice.

Y poniendo la carta en la mano del pasmado Peter desapareció en la oscuridad. Peter cerró la puerta, profundamente desengañado.



—Voy a abrirla —balbució rasgando el sobre.

—Léela en voz alta —dijo Colín.

Peter leyó con voz temblorosa:

«Queridos Seis Secretos: Gracias por vuestra carta y por la explicación de Peter. Lo siento, pero no pienso rectificar. He terminado con vosotros. Voy a formar otro club con Sussy, Binkie, Bony y tres amigos más. O sea que seremos siete, los Siete Secretos. En cambio vosotros seréis solamente seis.

Jack».

A la lectura siguió un silencio absoluto. Nadie sabía qué decir; nadie sentía el menor deseo de decir nada. Se quedaron mirando unos a otros en medio de aquel silencio más expresivo que las palabras. *Scamper* se asustó. Saltó sobre el regazo de Janet y apoyó el hocico en su mano.

Entonces Janet rompió el silencio con un sollozo.

—¡Oh, *Scamper*! También tú estás triste, ¿verdad?

—Peter, Jack no puede obrar así —dijo Jorge, recobrando la palabra—. No es posible que pretenda formar otro club de Siete Secretos con Sussy, Bony, Binkie y esos otros tres que no sabemos quiénes son. ¿Qué hacemos?

—Admitir a otro para que nuestro club pueda seguir siendo de los Siete Secretos —contestó Peter estrujando con gesto enérgico la carta de Jack—. Nosotros no importamos un comino a Jack: eso está claro. Yo creo que incluso está satisfecho de habernos dejado. Así podrá formar un nuevo club y ser su capitán. Pero ¿por qué querrá llamarlo «Siete Secretos», sabiendo que éste es nuestro nombre?

—No puede haber dos clubs con el mismo nombre —sentenció Jorge—. Cambiemos el nuestro por el de «Seis Secretos». ¿Qué más da siete que seis? Y menos cuando las letras S. S. lo mismo sirven para las de un club de seis que para las de un club de siete. No tenemos que hacer ningún cambio de iniciales.

—Pongámoslo a votación —aconsejó Colín—. Tenemos que decidarnos por esta solución o disolver el club.

La idea de la disolución impresionó profundamente a todos.

—¡Votemos! —Exclamaron las muchachas.

Y como los chicos estaban conformes, se llevó a cabo la votación. Salió el resultado unánime de que el club se llamaría en lo sucesivo «Los Seis Secretos».

—Suspendamos la reunión —propuso Janet—. Además de no ser agradable, no es correcta sin Jack, ya que la hemos empezado como una sesión de los Siete Secretos. Vámonos y ya volveremos a reunirnos con el nuevo nombre cualquier día.

¿Cualquier día? ¿Qué día sería éste? Nadie concretó nada sobre este punto.

Pasaban los días, y los Siete Secretos no hablaban de reunirse.

Esto acabó por extrañar a la madre de Peter.

—¿Qué os pasa? —preguntó—. No habláis de reuniros. ¿Ha habido algún disgusto entre vosotros?

—No, no... Seguramente nos reuniremos después de Navidad —contestó Peter, poniéndose colorado—. Ya sabes, mamá, que estamos todos muy ocupados.

Sussy también estaba muy ocupada aquellos días. Había contado a su íntima amiga Binkie que Jack se había separado de los Siete Secretos, y todo lo demás.

—Ahora seremos nosotros los Siete Secretos —le había dicho—. Tú, Jack y yo, tres; Bony, el chico francés, cuatro. Buscaremos tres chicas más. No pongas esa cara, Jack. Serás nuestro jefe. Ya nos encargaremos nosotras de animarte.

Al principio, Jack, amargado por la disputa, había dado su conformidad a todo cuanto su hermana le proponía, pero ahora, al saber que los tres socios no nombrados serían chicas, empezó a escamarse.

—No —dijo—, he cambiado de opinión. No quiero pertenecer a ningún otro club. El de los Siete Secretos era estupendo y es imposible formar otro igual. No te enfades, Sussy, pero no quiero ingresar en ningún otro club.

—¡Muy bonito! —exclamó Sussy enfadadísima—. Después de lo que hemos hecho por ti, te rajás y dices tranquilamente: «No, gracias; he cambiado de opinión». Pues bien, ahora somos nosotras las que no te queremos en nuestro club. Tendrás que fundar uno para ti solo. Compóntelas como puedas.

Matt el pastor trae malas noticias

Llegaron las Navidades con sus alegrías, sus fiestas, sus ceremonias... Y tal como llegaron, se fueron.

La madre de Peter habló a su hijo de una excelente idea que había tenido para el Año Nuevo.

—¿Os gustaría que organizara una fiesta a los Siete Secretos? Sería un homenaje a vuestro club. Habéis pasado tan buenos ratos juntos y habéis corrido tantas aventuras, que me gustaría obsequiaros a todos vosotros.

De momento Peter y Janet se alegraron, pero luego, al recordar que únicamente eran seis, se pusieron tristes. ¿Cómo podían explicar a su madre lo ocurrido? No lo comprendería y, seguramente, se enfadaría mucho cuando supiera que Peter había sido el culpable de que Jack se hubiera separado de los Siete Secretos.

—Mamá iría a visitar a la madre de Jack —dijo Peter, preocupado, cuando estuvo a solas con Janet—. Ya sabes lo que significa que las madres tomen parte en estas cosas. Siempre nos salen por donde menos lo esperamos.

—Pidámosle que deje la fiesta para después de las vacaciones —propuso Janet—. Verdaderamente, tenemos planes de sobra y programas completísimos para estos días.

Así, cuando vieron a su madre, le pidieron que dejase su proyecto de festejar al club hasta pasadas las vacaciones. La madre, aunque algo sorprendida, respondió:

—Como queráis, hijitos. A mí me da igual un día que otro.

El día de Año Nuevo nevó. Peter, Janet y *Scamper* estaban entusiasmados.

—¡Qué hermoso! —exclamó Janet contemplando desde la ventana la blanca inmensidad—. ¡Es magnífico! Si esto sigue así, pronto podremos ir en trineo. ¿Oyes, *Scamper*? ¡Pronto podremos ir en trineo! ¿Te acuerdas de aquella vez que te llevamos en trineo con nosotros y te caíste? ¿Recuerdas que fuiste rodando montaña abajo y que arrastraste contigo tanta nieve que quedaste convertido en una gran bola blanca?

—¡¡Guau!! —asintió *Scamper* moviendo la cola.

Acto seguido corrió hacia la puerta y empezó a arañarla.

Ya iba Janet a retirarse de la ventana, cuando divisó una figura que se acercaba por el sendero, dirigiéndose a la puerta de la cocina.

—¡Mira! Viene Matt, el pastor. Parece muy preocupado. ¿Qué le habrá ocurrido? Quiera Dios que no sea nada malo para el rebaño que papá tiene allá lejos, en las colinas nevadas.

La madre de Janet asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Matt quiere hablar con papá. Haced el favor de llamarlo.

—Está arriba en la buhardilla, buscando no sé qué... ¡Papá, Matt quiere verte! ¡Está en la cocina!

—¿Qué querrá? —contestó, sorprendido, el padre—. ¡Si le vi ayer en el monte!

Janet bajó la escalera a saltos y volvió a la cocina. Allí estaba Matt, con semblante sombrío. Ni siquiera sonrió al ver a Janet, a pesar de lo mucho que la

quería.

—Matt, papá viene en seguida —dijo la niña—. ¿Dónde has dejado a *Shadow*, tu excelente perro guardián? ¿Por qué no lo has traído? ¿Le has dejado tal vez vigilando el rebaño? ¡Es tan cariñoso! Yo le quiero mucho.

Matt no contestó. En este momento llegó el padre de Janet y el pastor se quitó la gorra.

—¿Qué ocurre, Matt? —preguntó el padre—. Supongo que no será nada malo.

—Por desgracia, sí que lo es, señor: algo muy malo —contestó Matt.



Janet se estremeció al advertir que la voz del viejo pastor temblaba.

—Ya conoce usted a mi viejo amigo *Shadow*, ese magnífico *colley* que ha ganado tantos premios. Pues bien, ¡ha desaparecido!

—¿Desaparecido? ¿Qué quiere decir? —preguntó el padre de Janet—. ¿Será posible que se haya muerto? Tenía unos cinco años, ¿verdad?

—No se ha muerto, señor: me lo han robado. Estoy seguro. *Shadow* no se apartaba nunca de mi lado: sólo se alejaba para reunir el ganado. Después volvía, y hoy no ha vuelto. Lo he buscado, le he silbado hasta que que el rebaño me ha tomado por un loco, y *Shadow* no ha aparecido. No sé qué hacer; por eso he venido, señor. No puedo vivir sin mi perro. ¿Qué puedo hacer para encontrarlo? Era para mí mucho más que un perro: era como un hermano...

Janet estuvo a punto de echarse a llorar. Dirigió una mirada a *Scamper*. Afortunadamente, estaba allí, echado al final del corredor, quieto y atento. ¡Qué doloroso sería para ellos que desapareciera! ¡Pobre Matt! No era extraño que hubiera recorrido dos o tres kilómetros por la nieve para contar la desaparición de su perro.

Llegó la madre de Janet, deseosa de saber lo que ocurría, y pronto toda la familia, reunida en la sala alrededor de Matt, compadecía al pobre pastor y comentaba la desaparición de su perro, verdadero ejemplar de fidelidad.

Matt estaba trastornado. No cesaba de repetir que le habían robado a *Shadow*.

—¡Vale mucho *Shadow*! —Repetía—. Ya saben ustedes los premios que había ganado. Me daban cien libras por él, aunque yo no lo habría vendido ni por mil. ¡Ni por todo el oro del mundo! ¡Cuántas veces se pasaba toda la noche despierto a mi lado, porque notábamos algo sospechoso!... Se daba carreras de varios kilómetros

para buscar un cordero extraviado... Y se reía cuando estaba contento. Porque mi buen *Shadow* sabía reírse: se lo aseguro, señor. Jamás he tenido un perro igual. Era mi mejor compañero.

Todos permanecieron en silencio para dejar que el viejo pastor se expansionara. Hablar de su querido perro parecía aliviarle. Pero al fin se calló. Se hizo un profundo silencio. Matt daba vueltas a su gorra entre sus manos temblorosas y curtidas, aquellas manos que sabían acariciar suavemente a los corderos recién nacidos. El pastor miraba a la madre de Janet con tanta pena, que la buena señora sintió ganas de llorar, cosa que ya empezaba a hacer Janet.

—No se preocupe usted, Matt —dijo al fin el padre de Janet—. ¿Está seguro de que no se ha escapado?

—¡Imposible! —replicó vivamente Matt—. Un *colley* nacido en la montaña, que llevaba varios años guardando a mi rebaño y que era el mejor perro pastor que he tenido, algo así como un hermano, no es posible que haya huido. ¡Lo han robado y lo tengo que rescatar! No quiero volver al monte sin él. Además, no podría cuidar el ganado yo solo.

—Lo comprendo —repuso el padre de Peter—. Vuelva al lado del rebaño, que yo telefonaré a la policía. No se preocupe, que haremos todo lo posible por dar con él. Aunque, a lo mejor, encontrará a su viejo *Shadow* esperándolo allá arriba.

—¡Ojalá, señor! Si lo encuentro, haré señas con mi abrigo desde el punto más alto de la colina.

Dicho esto, Matt se despidió y, saliendo por la puerta de la cocina, se alejó sobre la nieve.

—¡Oh, mamá! —exclamó Janet—. ¿Crees que recuperará a *Shadow*?

—No hay que perder las esperanzas —repuso la madre—. Pero, ¿y si se lo ha llevado uno de esos ladrones que se dedican a robar perros para hacer negocio?

—Oye, mamá. ¿Crees que *Scamper* está seguro? —preguntó Peter, inquieto—, *Scamper* es también un perro de alto precio, ¿verdad?

—Desde luego —afirmó la madre—, pero no por eso debes temer nada, querido. Sería muy difícil robar a un perro que vive en un hogar como el nuestro, vigilado por todos nosotros. *Shadow* andaba siempre correteando por el monte, fuera del alcance de la vista de Matt. Alguien pudo ofrecerle un trozo de carne; él se pondría a comérselo sin desconfiar, y entonces pudieron robarlo.



—¡Me da tanta pena el viejo Matt! —exclamó Peter, acongojado—. ¿Dónde estás, *Scamper*? Por lo que más quieras, no te apartes de nosotros en todo el día. Lo mejor será que esta noche duermas junto a mi cama.

—Basta, Peter —dijo la madre—. *Scamper* no se marchará nunca con un desconocido.

—Aquí viene Pamela —dijo Janet, que estaba asomada a la ventana—. Parece tan compungida como Matt. ¿Traerá también malas noticias?

—¡Janet! ¡Peter! —gritó Pamela—. ¡Acaba de ocurrir algo horrible! ¡Abridme en seguida!

Rondan ladrones de perros

Peter corrió a la puerta.

—¿Qué ocurre, Pamela?

—¡Oh, Peter! Conoces a mi abuelita, ¿verdad? Ya sabes que tenía un perro de aguas, aquel tan blanco que parecía de nieve. ¡Pues se lo han robado! En seguida he salido corriendo para venir a pedirnos que me ayudéis a recuperarlo. ¿Por qué no nos reunimos los Siete Secretos? Bueno, los Seis. Así, seríamos varios a buscar. ¡Estoy tan trastornada! Y mi pobre abuela está que no vive. ¡Es un perro de tanto valor!...

—¡Esto es extraordinario! —exclamó Peter, empujando a Pamela hacia la sala—. Acabamos de enterarnos de que a nuestro pastor le han robado a *Shadow*. También es un perro de gran valor. Los dos robos deben de ser obra del mismo ladrón. Ven a contárselo a mi padre. Va a telefonar a la policía para denunciar el robo de *Shadow*.

Pamela entró en la sala conteniendo el llanto y acompañada de Peter. Quería mucho a *Snowy*, el perro de aguas. ¡Cuántas veces lo había llevado de paseo! Y el hermoso perro había desaparecido. ¿Podrían recuperarlo?

—Papá, espera un momento para telefonar a la policía —dijo Peter corriendo hacia su padre—. ¡Han robado otro perro! Pamela, cuéntale a mi padre lo de *Snowy*.

Pamela refirió todo lo que sabía.

—Como de costumbre, mi abuelita lo dejó salir anoche alrededor de las nueve. Un rato después lo llamó, y el perro no apareció. Volvió a llamarle, le silbó, y en vista de que *Snowy* no daba señales de vida, se puso el abrigo y salió en su busca. Pero lo único que vio fue, ¡hip... hip...!

El llanto le impidió continuar.

—Bueno, ¿qué fue lo que vio? —preguntó Peter, impaciente e imaginándose las cosas más horribles.

—Pues vio huellas en la nieve del jardín —dijo Pamela—, huellas de unos pies enormes. Las pisadas daban la vuelta a la casa y entre ellas se veían las huellas de las patas del perro. ¡Oh, Peter! ¿Crees que los Siete Secretos podrán descubrir algo?

—Querrás decir los Seis Secretos —corrigió Peter—. En fin, desde luego podemos convocar una reunión para tratar del robo de *Snowy* y también del de *Shadow*, el perro de nuestro pastor. Nuestro club ha descubierto muchos misterios, pero nunca nos hemos tropezado con un ladrón de perros. Debe de ser un hombre de malos instintos.

El padre de Peter escuchaba con el ceño fruncido. La historia de Pamela le preocupaba. Era evidente que se trataba de un ladrón especializado en el robo de perros que entonces operaba en aquel distrito. Habían desaparecido dos perros casi simultáneamente, y ambos eran ejemplares de valor.



—Daré parte a la policía del robo de *Snowy* y de *Shadow* —dijo levantando el auricular del teléfono. Y en seguida se puso en comunicación con la comisaría.

Los tres niños prestaron atención. El padre de Peter dio toda clase de detalles a la policía. Luego exclamó:

—¿Cómo? ¿Que han desaparecido tres perros más? ¿Qué medidas han tomado? Ya sabe usted que un perro no es un animal como cualquier otro, sino un leal amigo de sus amos.

Dejó el auricular en su sitio y se volvió hacia los niños.

—Además de *Shadow* y *Snowy* —dijo— han robado tres valiosos perros de raza. En todas las casas robadas se han visto huellas de enormes pies humanos, como las descritas por Pamela. La policía cree que se trata de un sujeto alto, corpulento y fuerte, experto en perros, o que tiene a alguien que le aconseja sobre la cuestión de los animales que vale la pena robar.

En los ojos de Janet apuntaron las lágrimas. Sujetaba a *Scamper* fuertemente entre sus brazos como si temiera que de un momento a otro se lo robaran.

—Oye, papá: ¿podemos encerrar a *Scamper* en nuestro cuarto? Estoy segura de que, si lo ven, también lo robarán. ¡Es tan bonito! Además, vale mucho, ¿verdad?

—Sí, es un perro de alto precio —contestó el padre—. También yo creo que sería conveniente tenerlo bien guardado hasta que capturen al ladrón. Aunque te advierto una cosa: este ladrón tiene que tratar bien a los perros, ya que éstos perderían su valor si enflaqueciesen o enfermasen, y entonces no podrían venderlos.

—Pero para *Scamper* sería tan doloroso que se lo llevarsen de nuestro lado —observó Peter—, que enflaquecería en seguida, estoy seguro. Se sentiría tan desgraciado, que no querría comer. ¿Qué harían con él entonces?

—No nos preocupemos de las cosas por anticipado —repuso el padre—. Vigila a *Scamper* y no lo dejes apartarse de tu lado. Está bien enseñado. No suele acercarse a ninguna persona extraña. De un momento a otro llegará un agente de policía. He de

llevarlo a la cabaña de Matt, pues quieren ver si encuentran allí las grandes huellas de pies humanos que han visto en las casas de los demás perros robados.

—Iremos contigo —dijo Janet—, y nos llevaremos también a *Scamper*. Como seremos tres a vigilarlo, no corre ningún peligro.

—Eso, id todos —dijo la madre—, el paseo os hará bien. ¿Oyes, *Scamper*? Vas de paseo.

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper*, loco de alegría y echando a correr hacia la puerta.

—¡Espéranos! —exclamó Peter, temiendo que saliera solo y lo robasen—. Mira, mamá: hay alguien en el patio. ¿Será el ladrón?

—No gastes bromas, hijo —contestó la madre—. Es el cartero. Ve a ver si trae un paquete que estoy esperando.

Peter fue hacia la puerta, a la que ya el cartero había llamado dos veces:

—Buenos días —dijo Peter—. ¿Trae algo para mi madre? ¿Tengo que firmar?

—Sí —repuso el cartero. Y se agachó para acariciar a *Scamper*.

Era un hombre bajito, de cara redonda y siempre sonriente. Peter y Janet lo querían mucho, y *Scamper* lo adoraba. Cuando lo veía, empezaba a saltar en torno de él, ladrando alegremente.

—Debéis vigilar a este precioso perro —les advirtió el cartero mientras acariciaba cariñosamente a *Scamper*—. ¿Os habéis enterado? Han robado el simpático perro de la señora Thom y el del señor Cartwright, ese magnífico *basset* que tenía el pelo como la seda. Y la señorita Downy me ha dicho esta mañana que la semana pasada le robaron su pequeño *scottie*, ¡un animal que no tenía precio! Así que tened cuidado con vuestro estupendo *Scamper*. No permitáis que ningún extraño le ofrezca comida y tenedlo siempre a vuestro lado.

—No nos lo robarán —contestó Peter, asiendo a *Scamper* por el collar—. Tendría que ser muy listo, listísimo, el ladrón que lograra apoderarse de nuestro perro. ¿Verdad, *Scamper*?

—¡Guau, guau, guau! —Ladró el perro como si hubiera comprendido perfectamente a su amo.

Hacia las colinas

Peter, Janet, Pamela y *Scamper* se sentaron junto al fuego. Pamela volvió a hablar de *Snowy*, el perro de aguas que habían robado a su abuela, y de nuevo se echó a llorar.

—Peter, ¿no te parece que debemos convocar en seguida a los Siete..., digo, a los Seis Secretos? Quiero recobrar a *Snowy*, y yo sola no puedo hacer nada. No tengo cabeza para descifrar claves y todas esas cosas. ¡Anda, Peter, convoca hoy mismo una reunión!

—Bien —dijo Peter—; nos reuniremos. Tenemos que avisar a los otros tres. Janet y tú escribiréis una nota cada uno y yo la otra. ¿Os parece que nos reunamos mañana por la mañana? Como estamos de vacaciones, podemos reunirnos por la mañana, que es más agradable. ¡Oscurece tan pronto ahora! Las tardes son cortísimas.

Se sentaron, pues, a la mesa y escribieron tres notas iguales, una para Bárbara, otra para Jorge y la tercera para Colín.

«IMPORTANTE: Nos reuniremos en el cobertizo del C. S. S. mañana por la mañana a las diez y media en punto».

—Es una pena no tener que mandar el aviso a Jack —dijo Pamela mientras pegaba el sobre—. ¿Verdad que no podemos citar lo, Peter?

—No. Seguramente ya habrá fundado otro club ¡y con el nombre de Siete Secretos!

—No lo creo —dijo Pamela—. Me encontré con él el otro día y parecía muy triste. Le acompañaba ese chico tan flaco y que da risa verle... ¿Cómo se llama? Bugo... No, Bony. Bony le sienta a maravilla. Charlaba por los codos haciendo grandes ademanes. En cambio, el pobre Jack no decía ni media palabra.

—No hablemos más de Jack —dijo Peter—. ¿Quién se encarga de llevar los avisos?

—Yo —repuso Pamela—. Me viene de paso... Oye, Peter: por lo que más quieras, vigila a nuestro buen *Scamper*. No sé qué haríamos los Siete Secretos, digo, los Seis Secretos, sin él.



—*Scamper* no se irá jamás con un extraño. ¿Verdad, *Scamper*?

—¡Guau, guau!

—Ha dicho que «desde luego que no» —tradujo Peter.

Pamela se quedó mirando a *Scamper*, asombrada.

—¡Hay que ver cómo habla! —exclamó. Y añadió en seguida—: Bueno, me voy. No me olvidaré de entregar las cartas. Hasta mañana a las diez y media. ¡Ah, ya no me acordaba! ¿La misma contraseña? ¿Cómo era? ¡Ha pasado tanto tiempo desde la última reunión!

—Pues era... era —balbuceó Peter.

—¿El viejo rey? —preguntó Janet.

—¿Salchichas? —dijo Pamela.

—No, «Sopa de tortuga» —rectificó Janet, aunque sabía que no era esto—. ¡Oh! Tenemos tan mala memoria como Jack.

—Era «perro caliente» —recordó Peter de pronto—. Bueno, hasta mañana, Pamela.

Peter y Janet pasaron el resto del día vigilando a *Scamper*. No lo perdieron de vista ni un momento.

Cuando iba de la sala a la cocina para ver si pescaba algo, ellos le acompañaban. Cuando tenían que sacarlo le ponían la correa, y ni aún así le quitaban ojo. Si corría al

recibidor cuando alguien llamaba a la puerta, los dos iban con él.

Scamper seguía sus movimientos muy sorprendido, pero también divertido.

—Oye, Janet. Una de las cosas que hay que estudiar en la reunión es lo de las huellas, esas pisadas que se ven en todos los sitios donde ha desaparecido un perro. Me gustaría calcar una de ellas para saber la longitud y la forma que tienen. Esto puede ayudarnos a descubrir al ladrón.

—Eso es verdad, Peter —admitió Janet—. Pero ¿no crees que de eso ya se encargará la policía?

—Aunque así sea, no hay razón para que nosotros dejemos de seguir ese rastro, ¿no te parece? Mira, hay alguien en la puerta.

—Es un policía —dijo Janet—. Debe de ser el que tenía que venir por el asunto de Matt. Papá dijo que le acompañaría a la colina.

—Es verdad. Iremos nosotros también y nos llevaremos papel y lápiz y una cinta métrica. Tú dile a papá que vamos con él.

—Sí, venid —dijo el padre—. Os sentará bien un paseo, como dice mamá. Pero poneos las botas de agua.

Poco después, Janet, Peter, su padre y Cobbert, el policía, se dirigieron a la alta colina donde Matt, el pastor, tenía su cabaña y convivía con su rebaño. *Scamper* iba con ellos y se sentía muy feliz.

Matt no estaba.

—A lo mejor —dijo el padre de Peter—, le faltan dos o tres corderos y ha ido a buscarlos. Como se ha quedado sin perro, ahora tiene que hacer él este trabajo. Tendré que comprarle otro. Un pastor no puede estar sin perro. La desaparición de *Shadow* nos va a costar perder muchas ovejas.

—En esta soledad debía de hacerle mucha compañía —comentó el agente—. ¿Dónde dijo que desapareció el perro?

—No habló de eso —repuso Peter—. Lo único que dijo fue que se lo habían robado... ¡Mirad! ¡Aquí hay huellas! ¡Qué pies tan grandes!

Pero su padre y el policía se marchaban ya en busca de Matt, y si oyeron las exclamaciones de Peter, no hicieron caso.

—Dame ese papel que has traído, Janet. Vamos a copiar una de estas huellas y se las enseñaremos a papá cuando vuelva. Puede ser una magnífica pista.

Pisadas en la nieve

Las huellas eran grandes y claras. Estaban a espaldas de la choza y daban la impresión de que el hombre que las había dejado había estado allí mucho tiempo de pie.

—Apostaría la cabeza —dijo Peter— a que el ladrón estuvo aquí un buen rato, esperando el momento oportuno para atrapar a *Shadow* —dijo Peter—. ¡Demonio! Ahora resulta que no tengo donde apoyar el papel y no puedo copiar las huellas: ¡No voy a dibujar en un papel sostenido en el aire!

—Eso se arregla midiéndolas —dijo Janet sintiéndose persona importante.

Echó mano de la cinta métrica y la aplicó sobre las huellas. Peter anotó las medidas que le fue diciendo Janet, y después los dos hermanos entraron en la cabaña en busca de una madera o algo para apoyar el papel y poder dibujar exactamente las huellas.

Peter volvió a salir con una especie de bandeja que volvió del revés y apoyó en la nieve. Empezó a copiar las huellas, primero la del pie derecho y luego la del izquierdo. Verdaderamente, eran unos pies enormes.

—¡Estupendo! —exclamó Janet—. Mira, ya viene papá con Matt y el policía. Les enseñaremos tus dibujos.

En seguida llegaron los tres hombres. El pastor parecía más viejo y enfermo. A Janet le dio mucha pena.

—¡Qué odiosos son los ladrones de perros! —murmuró la niña.

Peter corrió hacia su padre.

—¡Mira, papá! —exclamó—. Hemos encontrado las huellas de unos pies y las hemos copiado. Están detrás de la cabaña. Sin duda, son del ladrón, que estuvo allí poco antes de robar a *Shadow*.

El policía cogió el papel y examinó detenidamente los dibujos. Luego miró a Peter.

—Lo siento, muchacho —dijo—, pero estas huellas no son del ladrón.

—Entonces ¿de quién son? —preguntó Peter, sorprendido.

—Del propio Matt —respondió el agente con una risita—. El dibujo está muy bien hecho, Peter, pero no tiene utilidad para nosotros, ya que esas huellas son del propietario del perro. Mira estas que ahora mismo acaban de dejar en la nieve los pies de Matt. Son de unas botas de agua, como las que lleva Matt, y tienen el tamaño de las que tú has dibujado. Estas botas son muy prácticas para un pastor, pues sirven para todas las estaciones del año.



No cabía duda; tenía razón el policía. Las huellas dibujadas por Peter eran las de los pies del viejo Matt. Éste asintió con un movimiento de cabeza cuando Peter dijo dónde las había visto.

—Sí, suelo ponerme allí detrás de la choza para contar las ovejas cuando bajan al valle. Estoy seguro de que son mis huellas. Miren, esta señal es un agujero que tengo en la suela: me lo hizo un guijarro. No cabe duda de que estas huellas las han dejado mis pies y no los del ladrón. ¡Ah, qué ganas tengo de echarle el guante! ¡Entonces las pagará todas juntas!

—Basta, amigo Matt, basta —dijo el padre de Peter para calmarlo, al ver que Matt temblaba de indignación—. No te desesperes. Recuperaremos a *Shadow*, no lo dudes... Vamos ya —añadió, dirigiéndose a sus hijos—. Parece que va a volver a nevar. Matt, venga a casa a la hora del té. Tomará algo caliente y le prepararemos un termo para que se lo lleve.

—¡Oh, señor! Muchas gracias —dijo Matt, emocionado.

Entre tanto no dejaba de mirar en torno de él, por las colinas nevadas, siempre esperando ansiosamente descubrir a su amigo *Shadow*. ¿Cuándo lo volvería a ver dando alegres saltos alrededor de sus piernas para demostrarle su cariño y su fidelidad?

—Papá, ¿cómo conseguiría el ladrón que *Shadow* le siguiera? —preguntó Peter—. Se ponía hecho una fiera cuando alguien se acercaba al rebaño. Más de una vez lo he visto enseñar los dientes y gruñir para ahuyentar a un vagabundo. Nunca hubiera creído que se pudiera robar a un perro viejo y fiel como *Shadow*.

—Probablemente no hizo que le siguiera, hijo mío. Debió de dejar un trozo de carne en un sitio donde como él esperaba, fue encontrado fácilmente por *Shadow*. El perro se comió la carne, y como ésta contenía una droga, se quedó dormido.

—¡Qué horrible! —exclamó Janet—. Y entonces el ladrón volvió, cogió al perro dormido y se lo llevó sin que el pobre animal se diese cuenta. A lo mejor utilizaría un carro. ¿Es esto lo que supones, papá?

—Sí, eso es exactamente lo que yo creo que ocurrió. Pregunté a Matt si había

visto alguna persona extraña en los alrededores y me contestó que no, que, excepto sus amigos, nadie sube a esta colina. Los que suben son hombres como Burton, el carpintero, que viene de vez en cuando a reparar las cercas de los campos; el hortelano, que le trae verduras; su hermano, que le visita de tarde en tarde; el chico de la tienda de comestibles, que viene a traerles víveres una vez a la semana, y el cartero que le trae una carta de uvas a peras... En fin, todos amigos suyos, a los que él conoce muy bien.

—Seguramente —dijo Janet—, todo ha sido obra de un vagabundo que, rondando por aquí, vería casualmente a *Shadow* y después vino a apoderarse de él con el truco de la carne preparada.

—Eso es una tontería, Janet —exclamó Peter—. *Shadow* habría empezado por atacar al vagabundo si lo hubiera olfateado por aquí. No permite que personas extrañas se acerquen al rebaño. Además, ¿quién va a vagabundear por estos lugares ahora que están cubiertos de nieve? Se perdería. Incluso a nosotros que conocemos el camino de la cabaña de Matt nos cuesta seguirlo.

—¡Bueno, hombre, bueno! —dijo Janet—. Se me ha ocurrido lo del vagabundo y lo he dicho por si esto podía ayudaros a descubrir la verdad. Hasta ahora sólo sabemos una cosa cierta: que un ladrón de perros ronda por la comarca.

—Vámonos ya —dijo el padre—. Hemos de regresar en seguida a casa, pues esta mañana tengo mucho que hacer. Vosotros tened los ojos bien abiertos. A ver si los Siete Secretos demostráis una vez más vuestro ingenio y descubris al ladrón. Ahora os conviene más que nunca celebrar una de vuestras reuniones. ¿Habéis pensado en ello?

—Lo hemos decidido hace un rato —contestó Peter, dando saltos sobre la nieve—. Hemos convocado a los miembros del club para mañana. Con el esfuerzo de todos, descubriremos al ladrón de perros. Tal vez tardemos varias semanas, pero triunfaremos. ¿Verdad, *Scamper*?

Y *Scamper* ¿cómo no? —repuso:

—¡Guau!

Sussy, Janet y Bony

Lo primero que pensó Janet cuando se despertó la mañana siguiente fue que había reunión de los Siete Secretos. «No —rectificó mentalmente—: de los Seis Secretos». No podía acostumbrarse al cambio. Habría querido que Jack siguiera perteneciendo al club. ¡Ojalá volviera!

Por la mañana su madre la mandó a la ciudad a hacer unas compras.

—Voy ahora mismo, mamá. Tenemos reunión esta mañana y he de estar de vuelta en seguida. Nos hemos de ver en el cobertizo para tratar de los robos de perros. ¡Ah, ahora que caigo! ¿Dónde está *Scamper*? Hace diez minutos que no lo veo.

—Está en la cocina con la cocinera —contestó su madre—. Está al fuego su rancho. ¿No percibes el olor? A estas horas siempre lo encontrarás allí. Bueno, toma la lista de lo que has de comprar. Si te das prisa, volverás a tiempo para llegar sin retraso a la reunión. ¿Quieres llevarte a *Scamper*?

—Sí, pero con la correa —repuso Janet—. El ladrón irá siempre a la busca de perros de valor, y podríamos encontrarnos con él.

—¡Bah! No creo que haya nadie capaz de quitarte a *Scamper* en tus propias narices, en medio del bullicio del mercado —dijo la madre—. Ya sabes que no le gusta ir atado. No te inquietes, que *Scamper* no seguirá nunca a una persona extraña.

A pesar de estas razones, Janet puso la correa al sorprendido *Scamper* y, cogiendo la cesta con la mano libre, se fue. Al pasar por delante de la comisaría vio un grupo de gente leyendo un bando en la tablilla de anuncios. Se acercó a leerlo. Se trataba de una lista de los perros desaparecidos en los últimos días.

«Perdidos, robados o huidos», decía el título. Y seguía una relación de nombres y domicilios de nueve perros.



—Nueve —exclamó Janet—. Dos del pueblo vecino y siete del nuestro. ¡Oh, *Scamper*! ¡Mucho cuidado!

En esto se volvió. Alguien la llamaba por su nombre. —¡Hola, Janet! Ya veo que

todavía no te han robado a *Scamper*.

Era Sussy, la hermana de Jack. Iba de paseo con su amiga Binkie y con Bony, el muchacho francés. Jack no estaba con ellos.

—¡Hola! —dijo Janet secamente. No le hacía ninguna gracia encontrarse con Sussy.

—¿Qué me dices de los Seis Secretos? —preguntó ésta—. Mi deseo es que todos estéis bien y seáis felices.

—No tengo ganas de hablar —refunfuñó Janet—. Vámonos, *Scamper*; date prisa.

Pero *Scamper* tiraba de la correa con todas sus fuerzas, tratando de soltarse para lamer las piernas a Bony. El chico francés lo acariciaba y *Scamper* estaba loco de alegría. Dio un brinco y consiguió lamerle la cara.

—*Scamper* —gritó Janet en son de amenaza—. Sólo has visto una vez, y durante unos minutos, a Bony. ¿A qué viene tanto aspaviento?

—Los perros adoran a Bony —dijo Sussy, y Binkie asintió con un movimiento de cabeza—. Se vuelven locos con él aunque nunca le hayan visto. *Ca, c'est vrai; mon petit, n'est ce pas?* —añadió en francés, dirigiéndose al muchacho, que sonrió ante el cumplido.

—No te des importancia de pronunciar bien el francés —gruñó Janet—. *Scamper*, estate quieto ya. Lo estás poniendo como una sopa con tanto lamerle.

—¿Sopa? ¿Qué quiere decir sopa? —preguntó Bony—. *Es un chien tres beau.* ¿Cómo lo decís vosotros?

—Bony dice que el perro es muy hermoso —tradujo Sussy, dirigiéndose a Janet.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Oh, cuánto sabes! —repuso Janet, burlona—. ¿Quieres no tirar más de la correa, *Scamper*? No comprendo que tengas esa locura por un chico francés al que no conoces.



Otros dos perros se acercaban saltando. Al llegar junto a Bony se detuvieron. Acto seguido, se acercaron a él y empezaron a lamerle y a darle toda clase de

muestras de cariño.

—Ya lo veis —dijo Sussy, orgullosa como si Bony fuera hermano suyo y el más importante y listo de los muchachos—. Mira como lo quieren. Todos los perros adoran al simpático Bony.

El flacucho francesito acarició, dio palmaditas y habló a los perros con voz cariñosa, en un francés que Sussy pretendía comprender, como demostraba agitando la cabeza con gestos de persona enterada. También Binkie se hacía la enterada. Janet acabó por perder la paciencia.

—¡*Scamper* —gritó—, ven aquí en seguida! Creía que no eras amable con los extraños. Si sigues tan confiado, te robarán.

—¡Robarán! —exclamó Bony, alarmado—. *Oui*, hay por aquí un ladrón, como decís vosotros, un ladrón de perros. Me lo dijo Jack, *mon ami*.

—*Mon ami* quiere decir «mi amigo» —tradujo Sussy—. Jack es su amigo: por eso lo dice.

—¡Haz el favor de no hablarme como si yo fuera una mocosa! —estalló Janet, roja de indignación—. ¡*Scamper*! ¿Vienes o qué?

Scamper dejó de saltar alrededor de Bony, y entonces los otros dos perros se acercaron al chico, para dejarse acariciar, gimiendo de alegría. Aquello era verdaderamente extraordinario. Bony dijo a toda prisa unas palabras en francés cuando Janet echó a andar, y Sussy lo tradujo a voces.

—Janet, Bony dice que *Scamper* es un perro de mucho valor y que debes vigilarlo para que no te lo robe el ladrón de perros.

—¡Como si yo no lo supiera! —contestó, indignada, Janet mientras se marchaba con la cabeza alta y balanceando la cesta de la compra.

«¡Qué antipática es esa Sussy! ¡Siempre dándose importancia! Pues ¿y su amiga Binkie? Es una cursi... Y ¡qué caso tan raro el de ese Bony! Flaco como un espárrago, miope, con cara de mochuelo, y los perros le adoran. Eso es señal de que él también adora a los perros. ¡Qué bobos son estos animalitos! ¡Todos, incluso *Scamper*! Estoy segura de que *Scamper* se iría con ese Bony al fin del mundo, aunque no lo conoce».

—Explicaré en la reunión lo que has hecho —dijo Janet a *Scamper* en son de amenaza—. Si ese chico hubiese querido robarte, tú te habrías dejado robar como un tonto. Hoy me has demostrado que tienes momentos de perro bobo.

Scamper agachó la cola y siguió dócilmente a Janet durante toda la compra, sin ni siquiera atreverse a tirar de la correa. ¿Por qué estaría tan enfadada Janet? ¿No veía que aquel muchacho era un amigo de los perros y que eso los perros lo notan?

Janet terminó pronto la compra y volvió a toda prisa a casa. Consultó el reloj. ¿Llegaría tarde a la reunión? No. Afortunadamente, aún disponía de unos minutos. Se colocó la insignia, atravesó corriendo el jardín y llamó a la puerta del cobertizo.

Dentro se oían voces.

—¡Santo y seña! —gritó Peter.

—¡«Perro caliente»! —contestó Janet.

La puerta se abrió y Peter le dirigió una dura mirada.

—Janet, ¿no te he dicho mil veces que no des a gritos la contraseña? Entra. Además, has llegado tarde. Y tú, *Scamper*, échate y no me ataques los nervios. Bueno, empecemos de una vez.

Una reunión interesantísima

Al fin, los Seis se dispusieron a celebrar la reunión. *Scamper* se echó a los pies de Peter con ánimo de intervenir a cada momento en las discusiones.

—Esta reunión ha sido solicitada por Pamela —empezó Peter—. Todos conocemos el motivo: el asunto del ladrón de perros.

—¡Guau! —Ladró *Scamper* al oír nombrar a los perros.

—No interrumpas, *Scamper* —le reprendió Peter. Y lo dijo tan serio que Bárbara se echó a reír—. Pamela, cuéntanos con todo detalle el robo del perro de tu abuela.

Pamela contó todo lo que sabía. Pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. *Scamper*, conmovido, se arrastró hacia ella e intentó lamerle la húmeda cara.

—Tengamos calma —dijo Peter—. No adelantaremos nada poniéndonos nerviosos. Hemos de estudiar el asunto con serenidad. Tratemos de hallar el medio de descubrir al ladrón. Así pondremos fin a los robos de perros. Pensad que no sólo hemos de proteger a *Scamper*, sino también a todos los demás perros de la ciudad. ¿Y qué decir del viejo *Shadow*, el perro de nuestro pastor? Debemos tomar como una cuestión de honor devolver el perro a Matt.

—No creo que podamos hacer nada solos —observó Jorge—. Si la policía no es capaz de encontrar al ladrón, ¿cómo vamos a dar con él nosotros?

—No sería la primera vez que resolviéramos un caso sin la ayuda de nadie —replicó Peter—. Además, los niños vemos y oímos a veces cosas que pasan inadvertidas a las personas mayores.

—Pero ¿qué sabemos nosotros del ladrón? —dijo Jorge—. Nada en absoluto. Y ya me dirás cómo se puede descubrir a un ladrón del que no se tiene ninguna pista.

—Estás muy equivocado —replicó Peter—. Sabemos algunas cosas de él. Por ejemplo, que tiene unos pies muy grandes.

—¡Hay tanta gente que tiene los pies grandes! —dijo Jorge—. Sin ir más lejos, mi padre calza...

—¡Basta ya, Jorge! —exclamó Peter—. Primero hablaré yo. Después ya dirás tú lo que quieras.

Jorge se echó a reír.

—Hablas como un gran personaje. Veremos cómo te va cuando tengas que pedir un voto de confianza.

—¡Silencio! —exclamó Peter—. Piensa que estamos celebrando una reunión de gran importancia. De ella puede depender que evitemos el robo de nuestro *Scamper* y que encontremos al viejo *Shadow*.

—Comprendido, Peter —dijo Jorge, impresionado—. Continúa. No volveré a interrumpirte.

—En verdad, no sabemos gran cosa sobre el ladrón, pero tenemos una buena base en lo que explicó la policía a mi padre. Le dijeron que a juzgar por las grandes y profundas huellas de los pies del ladrón, debe de tratarse de un individuo alto y

corpulento. También se supone que es un experto en perros. Por lo menos, sabe lo que vale cada uno, pues sólo roba los que puede vender a buen precio.

—Pero ¿cómo se explica que los perros no ladren cuando ese hombre los roba? —preguntó Colín—. *Scamper*, si intentasen llevárselo, armaría tal alboroto, que alarmaría a todo el vecindario.

—Parece ser que el ladrón les echa un trozo de carne que tiene alguna sustancia para dormir —explicó Peter—. El perro se come la carne y se queda dormido, ya en su caseta, ya en la calle, ya en el jardín. Entonces llega el ladrón, lo coge y se lo lleva sin que el animal proteste.

—¿Y tú no crees que ha de llamar la atención ver a un hombre que lleva un perro dormido en brazos o al hombro, sobre todo si es un perro grande como *Shadow*?

—Pues, si no es así, ¿cómo crees tú que se pueden llevar a un perro? —dijo Peter.

—Os lo voy a decir —repuso Janet, tan enérgicamente que todos se quedaron mirándola atónitos—. Yo sé cómo puede hacerse eso. Hace un rato, cuando he ido al mercado, *Scamper* se ha dejado atraer por una persona extraña, a la que ha lamido y expresado su simpatía sin hacer caso a mis órdenes.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Peter.

—Pues es la pura verdad.

Y seguidamente, Janet explicó su encuentro con Sussy, Binkie y Bony.

—¡Si hubieras visto cómo se puso *Scamper*! Se arrojó sobre él y comenzó a lamerle, a restregarse contra sus piernas y a saltar a su alrededor, como si ese chico francés fuera un amigo al que volvía a ver después de una larga separación. Yo estaba avergonzada. No sé cómo pude contenerme. Y lo más curioso es que no era sólo *Scamper* el que se comportaba así con Bony: todos los perros que pasaban hacían lo mismo. ¡Ni siquiera les importaba que Bony les hablara en francés!

Tras este vibrante discurso de Janet, hubo unos momentos de silencio. Todos miraban con estupor a *Scamper*. Éste les miraba a su vez, moviendo la cola. Comprendía que hablaban de él, pero no sabía si hablaban bien o mal y se temía una repulsa.

—Es increíble —dijo Colín—. Eso me recuerda al flautista de Hamelín. ¿Lo recordáis vosotros? Ratones y niños le seguían subyugados. Este Bony debe de ser una especie de flautista especializado en perros.



—A una niña que venía a mi colegio —dijo Pamela— le pasaba lo mismo con los gatos. Apenas salía a la calle, toda la población gatuna se iba en pos de ella. En el desfile se veían gatos grandes y gatos pequeños. Era extraordinario. Incluso nuestro majestuoso *Tiddles* solía estar al acecho para saltar a su hombro cuando la veía pasar, y entonces emitía un dulce ronroneo, algo así como...

—Cuando una moto se pone en marcha —dijo Jorge. Y todos se echaron a reír.

—Ya veo por dónde vais —dijo Peter—. Creéis que los perros desaparecidos no fueron anestesiados, sino que el ladrón es una especie de flautista de Hamelín que ejerce una atracción irresistible sobre los perros. Pues bien, no estoy de acuerdo con vosotros. *Scamper* lamería a Bony si se encuentra con él, pero estoy seguro de que no lo seguiría a ninguna parte.

—Soy de tu misma opinión —dijo Jorge.

«Pam, pam, pam».

Alguien llamaba a la puerta. Peter creyó que eran Sussy y Binkie.

—¡No seáis pelmas! —gritó—. ¡Estamos celebrando una reunión secreta!

—¿Tan secreta es que no podéis admitir una taza de chocolate y unos bollos recién salidos del horno? —preguntó una voz que todos reconocieron.

—¡Oh mamá! ¡Cuánto te lo agradecemos! ¡Qué bien nos vendrán esos bollos y ese chocolate! Entra, y perdona que no te hayamos abierto la puerta en seguida. Podemos hacer una pausa en la reunión. ¡Oh, qué buen aspecto tienen esos bollitos! ¡Quieto, *Scamper*! ¡Te vas a quemar el hocico! Pon aquí la bandeja, mamá, y muchas gracias. ¡Eres la mamá mejor del mundo!

Peter y Janet se llevan un susto

Los Seis y *Scamper* se arrojaron sobre los bollos calientes y el chocolate humeante. Pronto se sintieron reconfortados y felices. La reunión se animó y todos se consideraron personas importantes mientras estudiaban el modo de ayudar a la policía en descubrir al ladrón de perros.

Peter enseñó a sus amigos los diseños de las huellas halladas tras la cabaña de Matt, y todos se asombraron del tamaño de aquellos pies.

—Bien —continuó Peter cuando ya no quedaba ni una miga de bollo ni una gota de chocolate—, opino que debemos desechar la idea de que una especie de encantador de animales se lleve a los perros, pues algunos, como por ejemplo *Scamper*, no siguen a ningún extraño por mucho que se sientan atraídos hacia él. A la mayoría de los perros, y especialmente a los ejemplares valiosos, se les ha acostumbrado a no ir con personas extrañas.

—Tienes razón —asintieron Pamela y Colin a la vez.

—De modo que debemos aceptar la teoría de la comida que contiene una sustancia que produce sueño. ¿No os parece? Os pondré un ejemplo. *Scamper* está husmeando por un seto y encuentra un trozo de carne que acaba de dejar allí el ladrón. Se come la carne, sigue correteando y, de pronto, siente sueño y se echa a dormir. Entonces llega el ladrón y se lo lleva. Si esto sucede de noche, nadie lo ve.

—Me parece demasiado sencillo para que sea verdad —opinó Janet abrazando a su perro—. *Scamper* —añadió—, por lo que más quieras, no permitas que te ocurra una cosa así.

—Yo creo —continuó Peter— que lo único que podemos hacer de momento es utilizar los datos que la policía dio a mi padre. Busquemos a un hombre alto, corpulento y de pies enormes. La policía cree que el ladrón es así porque las huellas descubiertas en la nieve son muy profundas, como las que sólo puede dejar un cuerpo muy pesado.

—Comprendido: debemos buscar a tipos así e indagar sobre ellos. Una de las cosas que tenemos que averiguar es si tiene la costumbre de salir de noche.

—Sí —dijo Peter—, pero procurad por todos los medios que el espiado, sea quien fuere, no se dé cuenta de que lo vigiláis, pues, si lo advirtiera, lo pasaríais muy mal. Janet, me parece que *Scamper* necesita salir. Está rascando la puerta. Estáte quieto, *Scamper*. Ábrele, Janet.

—¿No convendrá que le acompañe? —preguntó Janet, temerosa—. Temo que nos lo roben.

—No seas tonta —dijo Peter—. ¿Cómo van a intentar robarlo en pleno día y en nuestro propio Jardín, donde todos nosotros le oiríamos ladrar?

Janet abrió la puerta y *Scamper* salió disparado, ladrando alegremente.

Los Seis siguieron conversando. Al fin, y después de prometer todos tener los ojos muy abiertos y dar cuenta en el acto de la menor pista que descubrieran, Peter

dio por terminada la reunión.

Janet y su hermano se dirigieron a la casa. Peter llevaba las tazas vacías.

—Ha sido una reunión interesante, ¿verdad? —dijo—. Jack se ha perdido un asunto importante. Apostaría cualquier cosa a que ya está arrepentido de habernos abandonado.

—¿Dónde está *Scamper*? —preguntó de pronto Janet, intranquila—. ¡*Scamper*! ¡*Scamper*! —gritó—. ¡La reunión ha terminado! ¡*Scamper*, aquí! ¡Aquí en seguida, *Scamper*!

Pero *Scamper* no daba señales de vida. Janet sintió como si se le helase el corazón. Se detuvo en seco y se quedó mirando a Peter, con gesto de horror.

—Peter —susurró—, ¿por qué no viene *Scamper*? ¡Oh, Peter!

—¡Qué tonta eres! Ya te estás imaginando que alguien lo ha robado cuando todavía estábamos en el cobertizo. ¿Crees que se puede haber marchado sin ladrar ni proferir el menor aullido? No seas boba. Seguramente, *Scamper* estará en la cocina mendigando un bollo recién salido del horno.

—Sí, no cabe duda —aceptó Janet—. Voy a verlo.



Pero *Scamper* no estaba en la cocina. No aparecía por ninguna parte. Peter le

llamó a grandes voces, y tampoco dio señales de vida. La madre acudió para averiguar la causa de aquellos gritos.

—Mamá, no encontramos a *Scamper* —dijo Janet, desesperada—. Salió poco antes de terminar la reunión y no lo hemos vuelto a ver. ¿Lo has visto tú?

—No; desde que os llevé la merienda no he vuelto a verlo... Pero no pongas esa cara de espanto, hijita. Seguramente, estará por ahí fuera persiguiendo a los conejos.

—Eso no es posible, mamá: está todo nevado —dijo Janet con voz temblorosa—. ¡Oh, mamá! Tengo un horrible presentimiento. ¡Lo han robado!

Y abrazándose a su madre, Janet se echó a llorar amargamente.

—No te desespere, Janet —dijo la buena señora para consolarla—. Probablemente, ha ido al encuentro de papá.

Pero no fue así. *Scamper* había desaparecido. No se le oía, no se le veía por ninguna parte. Peter, Janet y su madre recorrieron todos los rincones del jardín y de la casa, llamándole y silbándole. Y *Scamper* no llegó corriendo con sus sedosas orejas agitadas por la carrera, como llegaba siempre.

Fue una comida triste. Toda la familia daba muestras de preocupación. El padre de Peter había vuelto de su ronda por la finca sin encontrar el menor rastro de *Scamper*.

—¡No pueden haberlo robado! —repitió por vigésima vez—. Lo habrías oído ladrar si alguien lo hubiese cogido. En un caso así, *Scamper* habría armado un gran alboroto: habrío ladrado al ladrón hasta desgañitarse, e incluso le habría mordido.

—Nada de eso habría sucedido si le hubiesen dado un trozo de carne preparado con alguna droga —gimió Janet—. Dicen que así se ha hecho con los otros perros.

Vamos a ver dijo el padre. ¿Quién ha venido aquí esta mañana? ¿Quién ha llamado a la puerta? Hay que averiguarlo. Vamos a preguntarlo a la cocinera.

La cocinera quedó consternada al enterarse de que *Scamper* había desaparecido.

—A ver si recuerdo quién ha estado aquí hoy —dijo—. Ha venido el de la tienda de ultramarinos con su carro; Alfred y John Higgins, esos dos chicos que van recogiendo dinero para no sé qué; el cartero; el hombre de la lavandería con su triciclo; la señora Hughes, a recoger la ropa para remendar. Y también un hombre en busca de trabajo...

—¿En busca de trabajo? —exclamó Peter—. Éste podía ser el ladrón. ¡Pronto, papá! ¡Llamemos a la policía! Hay que seguir la pista a ese hombre inmediatamente. Tenemos que atraparlo para recuperar a *Scamper*. ¡Pronto, papá! ¡No hay tiempo que perder!

¿Quién habría robado a *Scamper*?

Aquel día nadie pensó en la comida. Sólo había pensamientos para *Scamper*. ¿Dónde estaría? ¿Lo habrían robado verdaderamente? El padre de Peter llamó sin pérdida de tiempo a la policía para pedir que buscaran a *Scamper*.

—No puede hacer más de una hora que ha desaparecido —advirtió.

—¿De modo que lo han robado en el jardín de su casa? —preguntó el policía—. ¿Han hecho una lista de las personas que han estado en la casa durante esta hora?

—Sí. Por cierto que son bastantes. Y algunas vinieron con vehículos, detalle importante para esta clase de robos, ya que si se hubieran llevado a *Scamper* en un auto, el ruido del motor habría ahogado sus ladridos.



—¿Saben cómo es ese hombre que se presentó a pedir trabajo? —preguntó el policía.

—Sí, yo lo vi. Era un hombre bajito y cojeaba mucho. Un hombre demasiado débil para trabajar en el campo.

—Bien. Estos detalles lo descartan —observó el policía—, pues el ladrón es un hombre corpulento y de pies muy grandes, como usted sabe.

—Soy de su opinión —dijo el padre de Peter.

—También creo —continuó el policía— que hay que descartar de los sospechosos a los dos chicos de la colecta. De todos modos, veremos ese hombre que ha ido a pedir trabajo.

—Me parece bien. Yo, entre tanto, veré al encargado de la lavandería y al chico de la tienda de comestibles —dijo el padre de Peter—; pero no creo, ni remotamente, que sean ellos los ladrones, pues los conocemos mucho.

—Desde luego, el hecho de que ustedes los conozcan es un motivo para confiar, pero tenga en cuenta que los dos se han presentado con un vehículo, en el que han podido escapar después de apoderarse del perro.

Aquella tarde Peter y su padre fueron a la lavandería a preguntar por el hombre que aquella mañana había pasado por la casa para recoger la ropa sucia. En seguida salió y saludó a Peter, al que, cuando éste era un niño pequeño, había montado muchas veces en su carro.

—Me han dicho que desea usted verme, señor —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

—Pues verá. Queríamos saber si vio a nuestro perro esta mañana cuando vino usted a casa.

—No, señor, no lo vi. ¡No me diga que lo han robado también!

—Desgraciadamente, eso es lo que tememos —exclamó Peter—. ¿A qué hora pasó usted por nuestra casa?

—Pues eran las once y cuarto. No vi ni rastro del perro. Siempre suele venir a saludarme moviendo la cola. Es muy simpático.

—¿A las once y cuarto? A esa hora estaba con nosotros en el cobertizo —dijo Peter.

—Siento mucho no poder ayudarles, señorito. Sé el gran cariño que tiene usted a su perro. Yo también lo querría si tuviera uno.

Dio una palmada de condolencia en el hombro a Peter y terminó.

—Espero que logren encontrarle.

Peter y su padre se marcharon.

—No creo que haya sido este hombre el ladrón —dijo Peter—: es demasiado simpático. Vayamos ahora a la tienda de comestibles, papá. El mozo es un individuo alto y grueso. Se acerca más a la descripción del ladrón que el hombre que acabamos de ver. Además, es nuevo en el pueblo. Tal vez sea él el ladrón de *Scamper*.

El tendero quedó impresionado al enterarse de que *Scamper* había desaparecido. Se asomó a la trastienda y llamó.

—Reggie, ven un momento. Has llevado hoy comestibles a lo granja, ¿verdad?

Apareció un joven alto y corpulento, de faz colorada y sonriente.

—Sí, señor. ¿Ha habido alguna equivocación?

—No, es que el perro de este muchacho ha desaparecido y se teme que lo hayan robado. Quieren saber si tú lo viste cuando entregaste el encargo.

—¿De qué raza es, señor?

—Es un *spaniel* dorado —dijo al punto Peter.

—Pues no, no lo he visto esta mañana —contestó el mozo—. Otras veces sí. Era muy cariñoso conmigo.

—Bien, gracias —dijo el padre de Peter.

Los dos salieron de la tienda.

—Éste debe de haber sido —dijo Peter—. Sólo un hombre como él puede dejar unas huellas como las que vimos. Es alto, fornido y tiene unos pies enormes.

—Es verdad —asintió el padre—. También yo me he fijado en sus enormes pies. ¡Pero su mirada es tan franca, tan noble! También he observado el carro de la tienda. Estaba ante la puerta. ¿No lo has visto?

—No —repuso Peter—. ¿Tenía oigo de particular?

—Es como todos los carros de reparto, pero con la particularidad de que, aunque va cubierto, está abierto por los lados. Así se pueden cargar y descargar rápidamente las mercancías.

—O sea que no se han podido llevar en el a *Scamper* —dijo Peter—, pues, o se habría escapado, o lo habría visto todo el mundo. Reconozco que me he equivocado, papá. Tendremos que descartar también al mozo de la tienda de comestibles. Ya son dos sospechosos menos.

—Sólo quedan los muchachos que van recogiendo dinero para no sé qué, el cartero y la señora Hughes, que ha venido a preguntar si había ropa para remendar. Yo juraría que los dos chicos no tienen nada que ver con el asunto.

—Pues yo no estoy tan seguro —replicó Peter—. *Scamper* quiere mucho a los niños y puede haberse marchado con ellos. No se marcharía con una persona mayor, pero con un niño sí.

—Mira, ahí viene uno de los chicos —dijo el padre—. Por la esquina. Lleva un *terrier*. Preguntémosle si ha visto a *Scamper* esta mañana. ¡Eh, Alfred, ven un momento! Háblale tú, Peter. Puede avergonzarse si le hablo yo.

Alfred se acercó tímidamente, sujetando la correa prendida al collar de su perro. El animalito movía la cola alegremente.

—Oye, Alfred: ¿verdad que has venido esta mañana a nuestra granja con tu hermano John? —preguntó Peter—. ¿Viste a nuestro perro, a *Scamper*?

—Sí —afirmó el muchacho—. Se acercó a nosotros y se puso a jugar con *Buster*. Se persiguieron y retozaron alegremente. Y nosotros recibimos seis peniques cada uno para nuestra hucha. Estamos recogiendo dinero para cuidar a los animales enfermos. Nos gustan mucho los animales. Hemos recogido hasta ahora más de cinco libras. *Scamper* quería venir con nosotros. Simpatizaba mucho con *Buster*. ¿Acaso se ha perdido vuestro perro?



—No lo sé —suspiró Peter—. ¿A qué hora estuvisteis en casa?

—A eso de las once y media. Tal vez un poco más tarde —contestó Alfred.

—Muchas gracias —dijo Peter—. Bueno, papá; podemos descartar a todos los que han venido a nuestra casa antes de las once y media, ya que *Scamper* estaba todavía allí cuando llegaron Alfred y John.

—El ladrón tiene que ser alguien que haya llegado desde las once y media hasta la hora en que terminó la reunión. Es un detalle que reduce bastante la lista de sospechosos.

—Vamos a casa a dar un bocado —dijo el padre de Peter—. No podemos hacer nada más por ahora. Ojalá salga *Scamper* a recibirnos.

Una reunión dedicada a *Scamper*

Nadie comió con apetito aquel día, aunque se sentaron a la mesa mucho más tarde que de costumbre.

—No me pasa la comida —dijo Janet—. Mamá, ¿dónde estará *Scamper*? ¿Se habrá ido al monte a hacer una visita a Matt?

—No, Janet, no lo creo. *Scamper* no tenía la costumbre de irse solo a ninguna parte. No es posible que se le haya ocurrido ahora, precisamente cuando todo está cubierto de nieve, hacer una escapada al monte para ver a Matt.

—En fin —dijo Peter—, hemos visto a uno de los chicos de la colecta y al mozo de la tienda de comestibles. Éste es alto y grueso y tiene los pies muy grandes, pero no es el ladrón. El carro que lleva no está cubierto por los lados, de modo que si hubiera intentado llevarse a *Scamper*, éste se habría escapado o habría armado tal alboroto, que alguien le habría visto. También podemos descartar al hombre de la lavandería, ya que ha venido antes de las once y media y no ha visto a *Scamper*.

—¿Lo habéis dejado salir del cobertizo? —preguntó la madre.

—Sí —repuso Janet—. Rascaba la puerta con tanta desesperación que le hemos abierto.

Peter continuó:

—Sólo quedan, pues, el cartero y esa señora Hughes que ha venido por si había ropa para repasar. Ninguno de los dos puede haberse llevado a *Scamper*, la señora Hughes porque tiene verdadero horror a los perros, y el cartero porque todo el mundo le habría visto dirigirse a la estafeta acompañado del perro. El ladrón debe de ser un sujeto como el que ha venido a pedir trabajo.

—Yo he visto a este hombre —dijo el padre— y puedo afirmar que no se parece en nada al descrito por la policía como posible ladrón. Aquél es un hombre delgado y bajito y tiene los pies tan pequeños como una mujer. Daba lo impresión de que echaría a correr si un perro se acercaba a él.

—Entonces sólo queda la señora Hughes —dijo Peter.

—En ella no hay que pensar —dijo la madre—. Esa pobre vieja es incapaz de robar un solo penique. ¿Cómo queréis que robe un perro? Además, a *Scamper* lo quiere. Siempre le trae alguna cosita cuando viene a recoger la ropa.

—¿Alguna cosita? —exclamó Janet—. ¡Oh, mamá! ¿No podría ser que lo que le ha traído esta mañana tuviera dentro algo para dormir? *Scamper* se lo puede haber tragado y haberse quedado dormido Entonces la señora Hughes...

—¡Bah! ¿Quién puede imaginarse a esa pobre vieja ir cargada con un perro dormido, y además tan pesado como *Scamper*, desde aquí hasta el pueblo? Eso no se le ocurre a nadie más que a ti. Anda, termina de comer y deja de fantasear. ¡No consentiré que sigas sospechando de personas inocentes!

—Convoquemos otra reunión para discutir todo esto —intervino Peter, al ver que Janet estaba a puntó de echarse a llorar ante la reprimenda—. Si nos ponemos a

hablar los Seis del asunto, puede surgir la idea luminosa que nos lleve a la solución del misterio.

—¡No quiero reuniones sin *Scamper*! —dijo Janet, ya sin poder contener el llanto—. Es horrible no saber quién se lo ha llevado. Si están descartados todos los que han venido esta mañana, ¿quién puede haber sido?

—¡Recorreré el pueblo y me fijaré en todos los hombres que tengan los pies grandes! —dijo Peter, furioso. Y dio tal golpe en la mesa, que todos se sobresaltaron.

—¡Qué tontería! —dijo la madre—. No vas a parar en medio de la calle a todas las personas de pies grandes que veas, para decirles: «Perdone. ¿Ha robado usted a mi perro? Tiene usted los pies grandes y, por lo tanto, es sospechoso».

Peter no pudo contener una sonrisa, pero ésta desapareció al momento.

—Tienes razón, mamá. Voy a convocar una reunión. Veremos lo que opinan los demás. ¿Has terminado, Janet? Prepara el cobertizo. Entre tanto, yo iré en busca de Jorge, y los dos recogeremos a Pamela, a Bárbara y a Colin.

Fue un alivio tener algo urgente que hacer, pues así se distrajeron. ¡Era tan triste permanecer de brazos cruzados en espera de que reapareciese la querida y dorada figura del desaparecido!

Peter se fue a casa de Jorge.

—Han robado a nuestro *Scamper* —dijo de sopetón, dejando estupefacto a su amigo—. Tenemos que volver a reunirnos sin pérdida de tiempo... No, no empieces a consolarme —añadió al ver que su amigo le dirigía una mirada cariñosa—. Piensa que me falta muy poco para echarme a llorar. ¿Quieres que vayamos a avisar a Pamela, Bárbara y Colin?



—Claro que sí —dijo Jorge—. ¡Anímate! Los Seis Secretos recuperaremos a *Scamper*.

Salieron a escape. Pronto estuvieron informados Colin, Pamela y Bárbara. Los tres quedaron consternados ante la noticia.

—Me lo temía —dijo Pamela—. Pensé que se llevarían también a *Scamper* cuando me enteré de la desaparición de *Snowy*, el perro de mi abuelita. Vamos al cobertizo. No perdamos tiempo.

En el camino se encontraron con Sussy y Binkie, Bony y Jack.

—¡Ah! —exclamó Sussy—. Los Seis Secretos van a reunirse. ¿No habéis echado a nadie más del club? Estoy segura de que llegaréis a ser sólo lo Dos Secretos.

—¡Vete a paseo! —contestó Pamela, furiosa—. Vamos a tener una reunión muy seria. Hemos de hablar de *Scamper*. ¡Lo han robado!

—Estoy segura de que se ha escapado —dijo Sussy—. Yo también me escaparía si fuese el perro de Peter.

—Calla, Sussy —dijo alguien, indignado.

Este alguien era Jack, el cual, volviéndose hacia Jorge, le preguntó:

—¿Es verdad que han robado a nuestro querido *Scamper*?

—Pues..., no estamos muy seguros —repuso Jorge cautelosamente, pues no sabía si a Peter le parecería bien que le pusiera al corriente de asuntos interiores del club a quien ya no pertenecía a él—. De todos modos es una cuestión que ya no te puede interesar.

El muchacho francés no acababa de entender lo que ocurría. Se volvió hacia Jack.

—¿Qué dice de un perro?

—«Le petit chien s'en va» —aclaró Sussy, haciendo toda clase de gestos—, «II est», ¡hum!, robado.

—«Mais ça c'est terrible» —dijo Bony, y Jack no pudo reprimir un gesto de pesar y de asentimiento.

La noticia del robo de *Scamper* dejó anonadado al ex miembro del club. ¿Qué harían Janet y Peter sin él?

Jack habría dado media vida por seguir perteneciendo al Siete Secretos. ¡Con qué ardor habría colaborado en la busca y captura de *Scamper*!

—Peter no merece otra cosa —exclamó Sussy.

Pero en seguida enmudeció, al advertir que quitaba la palabra a Jack y que esto podía costarle una bofetada. Jack se quedó mirando fijamente a su hermana.

—¡Como vuelvas a decir una cosa así, te... te tiro al pantano!

Y lo decía tan serio, que Sussy no se atrevió a volver a abrir la boca.



Un plan de acción importante

Todos llegaron puntualmente y a la vez a la puerta del cobertizo. Llamaron y dijeron el santo y seña. La puerta se abrió y entraron. Por primera vez, Peter no comprobó si todos llevaban la insignia con las iniciales C. S. S.

—Todos sabéis que se ha convocado una reunión para hablar de *Scamper*, de nuestro pobre *Scamper* —dijo Peter, con voz tan angustiada, que conmovió a todos sus compañeros.

A Pamela se le saltaron las lágrimas. Con el deseo de consolar a Peter, le dio un golpecito en un hombro.

—Todos estamos consternados, verdaderamente consternados, Peter —dijo—. Pero lo encontraremos. Vaya si lo encontraremos. Nunca hemos fracasado.

Peter hizo una rápida relación de las personas que habían estado en la granja aquella mañana, tanto antes como después de que *Scamper* saliera del cobertizo.

—Hemos de interrogarlas a todas —dijo Jorge.

—Ya hemos hablado con casi todas —manifestó Peter—. Hemos interrogado especialmente a los que han venido con algún vehículo, pues a éstos les era más fácil esconder a *Scamper*. Pero nos consta que no se lo ha llevado ninguno de ellos. El hombre que ha venido a pedir trabajo tampoco puede haber sido el ladrón, ya que es bajito, según dice mi padre, que lo vio. En cambio, tiene unos pies enormes y es alto y corpulento, como se deduce de sus huellas.

—Tampoco han sido los dos hermanos —añadió Janet—. El dinero que recogen es para cuidar a los animales enfermos. De modo que no puede creerse que hayan robado un perro.

—Y en cuanto a la vieja señora Hughes —dijo Peter—, también es absurdo sospechar de ella, pues la asustan los perros, y, además, es una buena persona. Y ya sólo queda el cartero, al que todos conocéis. Es un hombrecillo amable y servicial, y sus zapatos no deben de ser mayores que los de Janet.

—Por otra parte, alguien lo habría visto con *Scamper* si se lo hubiese llevado —intervino Colín—. Su empleo le obliga a ir de casa en casa, y le habría sido imposible ocultar a *Scamper* a la vista de todos, y más si había que llevarlo a cuestras por haberse dormido, como suponéis, después de comerse un trozo de carne preparada.

—Bien; si ninguno de los que fueron a vuestra casa pudo robar a *Scamper*, tendremos que buscarlo por otra parte —dijo Pamela—. Tal vez se haya herido y esté echado en algún sitio, esperando que vayamos en su ayuda.

—¡Pero Pamela! —exclamó Peter—. ¿Cómo puedes creer que *Scamper* está tendido en un rincón sin lanzar un solo ladrido, aullido ni gimoteo? No dices más que tonterías. Bueno, ¿alguno de vosotros tiene algo más que proponer?

A nadie se le ocurrió nada nuevo: se miraron unos a otros, tratando en vano de hallar alguna idea aceptable.

—Bueno, ¿qué decís? —preguntó Peter recorriendo con la mirada a todos los

reunidos y deteniendo la vista en Colin, que parecía dispuesto a hablar.

—Voy a hacer lo único que puede hacerse en este caso, algo que se propuso en la primera reunión: estar al acecho de las personas de pies grandes y seguir las hasta donde vivan. El individuo que se llevó a *Scamper*, lo tendrá seguramente en su casa. Si yo grito con todas mis fuerzas: «¡*Scamper!*», no cabe duda de que contestará con un ladrido, eso en el caso de que esté atado y no pueda salir.

—Al parecer, es lo único razonable que podemos hacer por ahora —aprobó Jorge. Pero añadió, ceñudo—: Estoy seguro de que el pueblo está lleno de personas altas, gruesas y de pies enormes. Yo voy a empezar esta misma tarde: cuanto antes, mejor. ¿Levantamos la sesión y empezamos a trabajar, Peter? Ahora oscurece muy temprano.

—Conforme —dijo Peter—; pero por lo que más queráis, llevad mucho cuidado. Nos meteríamos en un lío si alguna de las personas que sigáis se diera cuenta de ello.

—No hacía falta esa advertencia, Peter —dijo Pamela— me alegro de tener una ocupación importante. Es desesperante permanecer con los brazos cruzados habiendo ocurrido algo tan grave. Cuando no hago nada, me pongo a pensar en *Scamper* y me dan ganas de llorar. Daría cualquier cosa por verle aparecer.

—¡Basta ya, Pamela! —exclamó Jorge, al ver que Janet estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Nos vamos ya, Peter? ¿Cuándo debemos venir a dar cuenta del resultado de nuestro trabajo?

—¡Si averiguáis algo, en seguida! —repuso Peter—. O Janet o yo estaremos en casa. En fin, espero que alguno de vosotros tendrá suerte y vendrá inmediatamente a darnos las buenas noticias.

Salieron en tropel del cobertizo. Peter cerró la puerta con todo cuidado y, como de costumbre, dejó la llave debajo de una piedra. Luego se dirigió a la casa con Janet.

—No tengo muchas esperanzas —dijo tristemente—. ¿Y tú, Janet? No hay razón para que lo hagamos mejor que papá o la policía.

—Pues yo creo que si nos ponemos al acecho los Siete..., digo, los Seis, tenemos muchas probabilidades de descubrir al culpable. ¡Ah, si yo pudiera dejar de soñar en ver aparecer a *Scamper* por una esquina...! Me gustaría poder imaginarme a nuestros compañeros enfrascados en la tarea de observar a la gente para ver quién tiene los pies grandes. Yo conozco a uno que los tiene enormes.

—¿Quién es? —preguntó Peter—. Di, ¿quién es? Puede ser el ladrón.

—Lo siento mucho, pero no es el ladrón: es el policía, ese hombre tan alto que vino a ver a papá —dijo Janet.

Entre tanto, los otros cuatro habían llegado al pueblo juntos, charlando animadamente. Junto a la estación se separaron, tomando cada cual el camino de su casa. Colin dijo que no se iba todavía a la suya, sino que estaría sentado un rato en uno de los bancos que había al otro lado de la estación, para observar a la gente que pasaba.

—Tal vez vea al tipo que andamos buscando —dijo—. ¡Adiós y buena suerte!

Tened los ojos muy abiertos. Si el ladrón está en el pueblo, más tarde o más temprano daremos con él.

Colin se sentó en un banco y allí estuvo un par de minutos, observando a los que pasaban. De pronto, dio un brinco. Un hombre se acercaba, andando pesadamente. Calzaba unos enormes zapatos. Era corpulento y tenía cara de pocos amigos. Además, llevaba un perro en brazos.

«¡Le seguiré! —se dijo Colin, temblando de emoción—. ¡Le seguiré!».



Colin sigue una pista

El hombretón de grandes pies iba calle abajo cargado con su perro. Éste empezó a inquietarse y el hombre lo dejó en el suelo. El animalito, gimoteando, intentó soltarse de la correa, tirando de ella en dirección contraria.

La tensión de Colín iba en aumento. «El perro trata de huir —pensó— y es precioso. Un perrito de aguas. ¡Debe de valer mucho dinero! ¿Lo habrá robado? Si así fuera sería una temeridad pasearlo a la vista de todo el mundo. Claro que puede haberlo robado en otra población, y en este caso, aquí no lo reconocería nadie».

Se mantuvo tan cerca del hombre como le fue posible. El desconocido no andaba de prisa, pero sus pasos eran tan largos que a Colín le costaba trabajo seguirle. El hombretón llegó a la parada del autobús y se sentó en un banco a esperar. Colín vaciló. No sabía qué hacer. Al fin, decidió sentarse. El perrito gemía y trató de acercarse al muchacho, y el desconocido, al darse cuenta de ello, le hizo retroceder dando un fuerte tirón de la correa.

«¡Qué bárbaro! —se dijo Colín—. ¡Qué modo de tratar al animalito! Estoy seguro de que no es suyo: nadie trata así a un perro de su propiedad».

Transcurridos unos cinco minutos, el hombre se levantó y reanudó la marcha. Colín continuó la persecución. El individuo había vuelto a coger en brazos al perro, y, de pronto, para sorpresa de Colín, lo escondió debajo de su abrigo.



«¿Por qué habrá hecho eso? —se preguntó el muchacho—. Ya comprendo, se acerca un guardia y el hombre no quiere que vea al perro. Es un detalle muy sospechoso. Desde luego, no abandonaré esta pista».

El desconocido obligó a Colín a dar un paseo interminable. Subió a una colina por una pendiente muy dura y bajó por el otro lado. Luego, contorneando la colina, volvió al pueblo. Por el camino, había hecho andar un poco al perro, luego lo había

vuelto a coger en brazos.

Al fin, llegó ante la puerta de un pequeño chalet. Allí dejó al perrito en el suelo, y el animal corrió hacia la puerta. Colin se detuvo frente a la verja, ojo avizor.

El hombre quedó parado en la verja después de abrirla, y, de pronto, dirigió la palabra a Colin.

—Entra. Has corrido kilómetros y kilómetros siguiéndome. ¿Qué demonios quieres de mí? ¿Acaso te estás ejercitando en seguir pistas como los *scouts*? Haz el favor de entrar. Eres un buen seguidor de pistas, pero te falta experiencia. Te he descubierto en seguida. No te he quitado ojo en todo el camino, y tú creías que no me daba cuenta de nada. No habrás pretendido robarme este perrito de aguas, ¿verdad?

Colín se quedó boquiabierto, sin saber qué decir. El hombre le hizo entrar, lo cogió del brazo y lo condujo hacia la casa.

En la puerta había una señora de avanzada edad. Acababa de abrir y lo primero que vio fue el perrito de aguas. Lo cogió en brazos y lo acarició:

—¿Te ha gustado el paseo, *Diddums*? —preguntó, y besó al animalito en la cabeza—. ¿Quién es este muchacho, Sam?

—No tengo la menor idea —contestó el hombre, empujando a Colín para obligarle a entrar—. Ha recorrido casi veinte kilómetros siguiéndome. Tal vez se proponía robarme a *Diddums*.

—¡Qué malvado! ¿No será ese miserable ladrón de perros que ha robado no sé cuántos ya? —exclamó la anciana mientras estrechaba con fuerza al perrito entre sus brazos—. ¡Llamemos a la policía!

—¡No, no! —exclamó Colín, aterrado—. Yo no soy ningún ladrón, créame. Lo chocante es que creí que usted podía serlo. Y es que... bien... verá usted... No es natural ver a un hombre llevando en brazos un perrito de aguas. Es un perro para mujeres. Y yo... yo...

Mientras tanto, Colín había entrado en la casa y la puerta se había cerrado tras él. El muchacho estaba cada vez más alarmado.

—No llame usted a la policía, señor, y déjeme marchar. Mi padre se enfadaría mucho conmigo si me detuvieran... Es que a un amigo mío le han robado su *spaniel* dorado y queremos recuperarlo. Todo nuestro grupo anda a la caza de un hombre de pies grandes, pues...

—Comprendido: yo tengo pies grandes y, además, iba con un perro de alto precio... Te confieso que has despertado mi curiosidad... En fin, por lo menos, nos hemos dado un paseo agradable, ¿no te parece?

—¿Puedo marcharme ya, señor? —preguntó Colín, impaciente—. Le ruego que me permita que me vaya. Es natural que cometamos equivocaciones antes de dar con el verdadero ladrón.

—De acuerdo, amiguito... Pero no te dejaré que te vayas aún. ¡Bueno, no pongas esa cara de miedo! Te voy a invitar a una botella de cerveza de jengibre con unas gotas de limón. El limón le da muy buen gusto ya verás. Madre, ¿quieres

preparánsola y traernos unos cuantos buñuelos?

Colín respiró. Aquel hombre no era malo. Es más: ahora que podía mirarlo con tranquilidad, se daba cuenta de que en sus ojos había un resplandor de simpatía.

Después de lanzar un suspiro de alivio, Colín decidió llevar mucho más cuidado al seguir nuevas pistas. ¡Cada vez que pensaba que aquel hombre sabía desde el principio que le estaba espiando...!

Saboreó la cerveza de jengibre y los buñuelos, dio las gracias con toda cortesía y se marchó. El perrito le siguió hasta la puerta.

«En fin —se dijo al llegar a su casa—, lo cierto es que hoy he cumplido con mi deber, aunque no haya conseguido nada... ¿Qué habrán hecho los demás?».

Ahora mismo lo vamos a ver. Empecemos por Pamela y Bárbara.

Jack entra en acción

Pamela y Bárbara habían decidido trabajar juntas para buscar al ladrón.

—Cuatro ojos ven más que dos —había dicho Pamela. Y añadió mientras echaba a andar en compañía de Bárbara—: Ahora fijémonos en todos los hombres que sean altos y corpulentos y tengan los pies grandes.

Pero he aquí que todos los hombres altos y fornidos que veían tenían unos pies relativamente pequeños. Cuando veían unos pies grandes, pertenecían a un individuo delgado y de escasa estatura. Pamela y Bárbara no salían de su asombro.

—Me parece que seguimos un plan equivocado —exclamó Pamela, con la vista fija en los pies de un corpulento carbonero que llevaba un saco de carbón a cuestas—. Seguro que no calza ni siquiera un 39.

—¿Tienen algo de particular mis pies, señoritas? —preguntó el carbonero al verlas tan interesadas por ellos.

Las dos chicas se pusieron coloradas, farfullaron una excusa y se alejaron a toda prisa. Después de este incidente, no se atrevieron a mirar los pies de nadie más.

Entonces vieron a Colín a lo lejos y decidieron seguir la dirección contraria.

—No conviene que todos vigilemos en el mismo lugar —dijo Pamela.

Se internaron por una calle recta y tan larga que les pareció interminable. Al fin llegaron a su término y se encontraron en un camino que avanzaba a campo traviesa. En un cercado había una casa medio en ruinas y que tenía a su alrededor varios cobertizos, unos grandes y otros pequeños. Pamela y Bárbara avanzaron por el sendero y, de pronto, aquélla cogió a ésta del brazo, dándole un señor susto.

—Bárbara, ¿oyes ese ruido?

—¿Ruido? Lo único que oigo es ladrar.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso no vamos a la busca de perros? —contestó Pamela—. Fíjate en aquella casa vieja que tiene varios cobertizos a su alrededor. No cabe duda de que sería un magnífico escondite para perros robados. Apostaría cualquier cosa a que allí están *Scamper*, el perro de Matt y *Snowy*, el de mi abuela.

—No lo creo —dijo Bárbara—. Seguramente será una de esas guarderías de perros donde los dejan sus amos cuando se van de viaje.

—Es posible, pero quiero verlo con mis propios ojos —dijo Pamela—. Voy a dar una vuelta alrededor de los cobertizos gritando: ¡*Snowy*! ¡*Scamper*! ¡*Shadow*!

—Bien pensado —asintió Bárbara aceptando por fin la opinión de Pamela.

Si todos los perros robados estaban allí, se iba a armar un verdadero escándalo cuando los llamasen. Además, y esto era lo verdaderamente importante, esta vez serían ellas dos las heroínas del descubrimiento.

Las dos niñas se dirigieron resueltamente al cercado. Pamela pidió a Bárbara que la levantase para ver lo que había al otro lado de la valla. Cuando pudo asomar la cabeza, vio una de perreras con su puertecita y su diminuto patio. En ellas había perros de todas clases, que ladraban, gemían o corrían alegremente de un lado a otro.

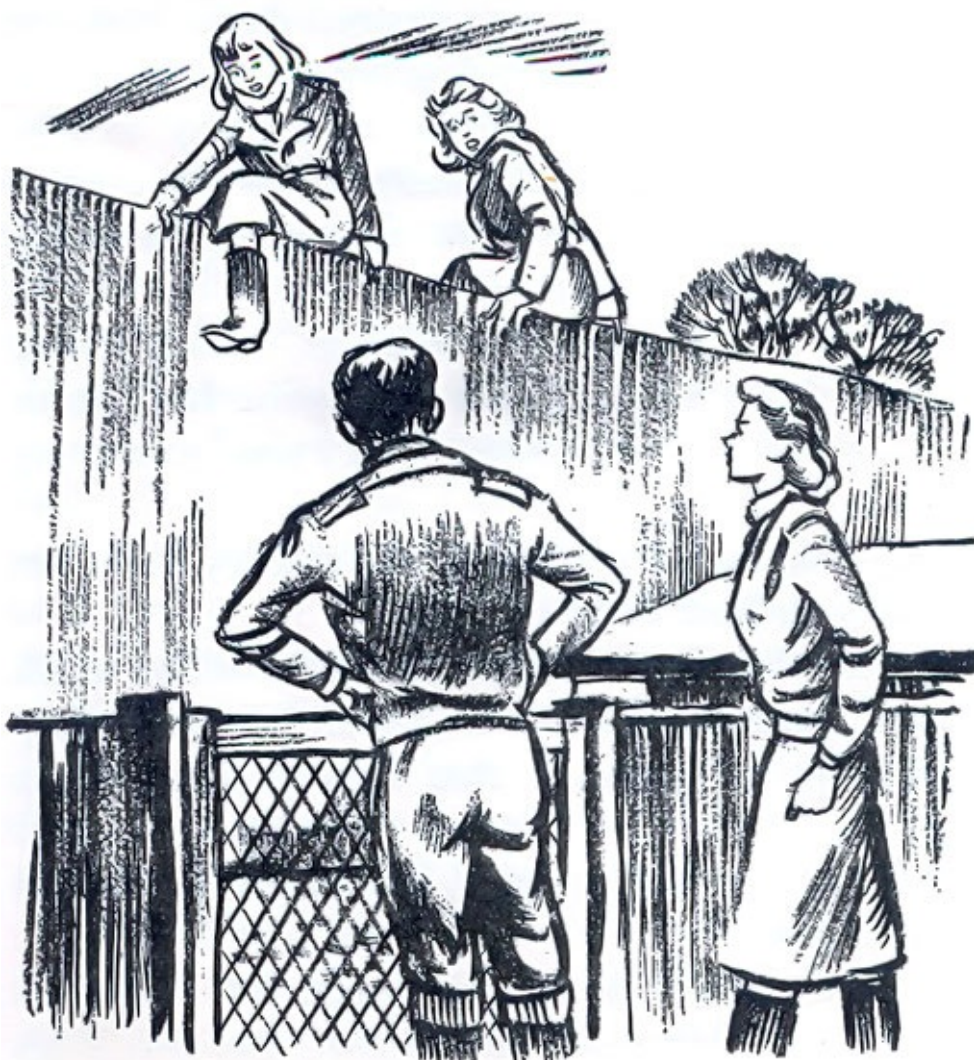
Pamela gritó con todas sus fuerzas:

—¡Scamper! ¡Shadow! ¡Snowy! ¡Scamper!

Los perros la oyeron y se callaron. La miraron un momento en silencio y después reanudaron su ensordecedor concierto de ladridos. ¡Qué escándalo armaron! Unos ladraban de miedo, otros por excitación, y la mayoría con el único objeto de armar ruido.

Salieron de la casa una mujer y un hombre para ver lo que ocurría. Hicieron callar a los perros y en seguida descubrieron la causa del alboroto: aquella chica —Pamela— que asomaba la cabeza por encima de la valla. El hombre dio una orden en voz baja a un perro que tenía al lado y éste salió a todo correr por la puerta de la cerca y se fue, ladrando, hacia las dos muchachas.

Pamela y Bárbara se vieron perdidas. Presas de terror, se montaron a caballo en la valla y empezaron a pedir socorro a grito pelado.



El hombre y la mujer siguieron al perro y se acercaron a las intrusas. Estaban furiosos.

—¿Pero qué diablos hacéis aquí? ¿Quién os manda venir a alborotar a los perros? Podéis dar gracias a Dios de que no hayan podido atacaros por no estar sueltos.

—¡Por favor! Llame usted a este perrazo que ladra a nuestros pies —suplicó Pamela, muerta de miedo y llorando a lágrima viva—. Nosotras... nosotras no hemos hecho nada: sólo hemos llamado por sus nombres a tres perros que conocemos y que han sido robados. Queríamos ver si estaban aquí.

—¡Estúpidas! ¡Confundirnos a nosotros, guardianes de perros, con míseros ladrones! ¡Bob, déjalas tranquilas! ¡Échate! Ahora bajad, marchaos y no volváis a acercaros por aquí. Bob no os hará nada: se limitará a vigilaros para asegurarse de que os marcháis.

Las dos chicas bajaron de la valla con el alma en un hilo y pasaron junto a Bob para marcharse. El perro no dejó de vigilarlas mientras atravesaban el campo hacia la salida. Pamela y Bárbara respiraron cuando se vieron de nuevo en el camino.

—Me parece que hemos hecho una tontería —dijo Bárbara—. Ya me lo temía. Hemos de ser más prudentes. Ahora vamos a la lechería a tomarnos un mantecado: lo necesito para calmarme.

Cuando iban por la calle donde estaba la lechería, Pamela dio un codazo a Bárbara.

—Mira, ahí está Jack. Parece preocupado. ¿Quieres que lo llamemos? La antipática de Sussy no va con él. Tampoco le acompaña ese Buggy, Bony o como se llame. Me refiero al francés.

Jack había visto ya a sus dos amigas, pero les había vuelto la espalda. No obstante, Pamela lo llamó.

—Ven, Jack. ¡Te invitamos a un helado!

La invitación sorprendió y conmovió a Jack. Sin embargo, el chico rechazó:

—Gracias. Sois muy amables, pero no puedo ir: estoy muy ocupado.

—Nosotras vamos buscando al ladrón de perros —dijo Bárbara—. Pero hasta ahora no hemos tenido suerte. ¿Lo buscas tú también, aunque ya no pertenezcas al club?

—¡Quizá! —repuso Jack, cauteloso—. Lo siento, pero no puedo entretenerme más. Como os he dicho, estoy ocupado.

Efectivamente, Jack estaba muy ocupado. Ya no pertenecía a los Siete Secretos, pero se había entregado de lleno a la busca de su querido y viejo *Scamper*. Se había encontrado con Colín y éste le había contado todo lo que sabía. Le había hablado de todas las personas que aquella mañana habían ido a la granja: el encargado de la lavandería, la señora Hughes, los dos muchachos, el cartero, el que se presentó pidiendo trabajo, el mozo de la tienda de comestibles. Y Colín añadió que ninguno de ellos podía haberse llevado a *Scamper*. La policía ignoraba quién podía ser el ladrón, pero estaba casi segura de que era el mismo que había robado los demás perros y que había dejado las huellas de unos pies enormes en la nieve.

Ahora Jack estaba haciendo sus propias pesquisas. ¿En qué consistían éstas? ¿Habría descubierto algo? ¡Lo que habrían dado las dos muchachas por saberlo!

Jack no cesó de pensar en el asunto desde que se enteró del robo de *Scamper* por

Colín. Era indudable que lo habían robado. ¿Por qué no habría lanzado el menor ladrido cuando se lo llevaron? Esto era lo que más preocupaba a Jack. Y ¿por qué no ladrarían tampoco los demás perros robados?

«La policía —se dijo Jack— supone que los perros no ladraron porque los adormecieron con alguna sustancia mezclada con comida. Los perros se comieron la carne o lo que fuera, se quedaron dormidos y entonces el ladrón se los llevó. Para ello tenía que disponer de un carro, carretón o cualquier clase de vehículo. De lo contrario no habría podido llevarse a un perro tan grande como el de Matt. Aunque el ladrón sea un hombre alto y robusto, como se supone, y tenga fuerza para llevar auestas un gran perro dormido, no habría podido evitar que alguien lo viese».

Sentado en su cama, Jack estuvo dando vueltas al asunto durante un buen rato. Sussy llamó a la puerta, pero él no le contestó. Siguió reflexionando:

«Ha de haber algún modo de descifrar este extraño problema, alguna clave para aclarar el misterio. Todos los perros robados tienen que conocer al ladrón, pues, de lo contrario, habrían rechazado la comida que les ofreció. En modo alguno pudo comerse *Scamper* nada que le ofreciera un extraño y mucho menos irse en su compañía de buen grado. Habría armado un tremendo alboroto si hubiera intentado llevárselo una persona extraña. De modo que el ladrón tiene que ser una persona a la que conocían todos los perros robados, alguien en quien confiaban y hacia quien se sentían atraídos. Es lo que les ocurre con Bony, al que seguirían a cualquier parte. ¿Quién demonios será este ladrón capaz de inspirar inmediatamente confianza y cariño a los perros, sean de la raza que sean?».

Decidió dar un paseo por las afueras. Su hermana, al saberlo, dijo que quería ir con él. Además pretendía llevarse a Bony, y Jack estaba hasta la coronilla del francés.

Se asomó, pues, a la ventana y paseó la mirada por el exterior. No había nadie en el jardín. Junto a la ventana había un árbol. Jack lo utilizó para bajar al jardín y pronto estuvo en la calle sin que nadie lo hubiera visto.

«Paseando, tengo lo cabeza más despejada —se dijo esperanzado—. ¡Ah! Por allí viene la señora Hughes, que estuvo en la granja aquella mañana».

Antes de que Jack pudiera acercarse a saludarla, se plantó un perrito ante ella y empezó a ladrarle furiosamente. La pobre vieja retrocedió asustada, al mismo tiempo que gritaba y trataba de defenderse con su bastón. Jack fue inmediatamente en su socorro. «Seguro —pensó mientras el perro se alejaba a todo correr con el rabo entre las piernas—, seguro que no es la señora Hughes la persona que se llevó a *Scamper*. La acompañaré hasta su casa, pues está muerta de miedo».

Cuando iba por la calle con la señora Hughes vio al cartero, aquel hombre bajito, amable y sonriente.

—¡Hola, cartero! ¡Si supiera el susto que acabo de darme un perrito blanco! —se lamentó la buena señora.

El cartero movió la cabeza, sonriendo como de costumbre.

—Ya sé el miedo que les tiene usted a los perros, señora. Eso les paso a todos los

que han recibido algún mordisco de un perro. Yo no he tenido esa desgracia, y crea que me alegro, pues al repartir la correspondencia por las casas me encuentro con un sinfín de perros guardianes.

—Ya sé que los perros le quieren mucho —dijo la buena señora—. Y es que los trata usted con mucho cariño. Los he visto correr hacia usted por la calle, moviendo la cola alegremente. ¡Ojalá se descubra al ladrón de perros!



—Dios la oiga, señora —dijo el cartero—. Debe de ser un hombre sin corazón.

El cartero cruzó la puerta para ir a depositar una carta en el buzón de la casa. Al punto apareció un perro que corrió hacia él brincando de alegría y empezó a lamerle las manos como muestra de cariño.

—¡Hola, *Tim*, pequeño terrier! —exclamó el cartero acariciándolo.

Jack siguió con la mirada la escena sin perder detalle, y se dijo que nadie podía aventajar a aquel hombre en la facultad de atraerse a los perros. Sin embargo, no se parecía en nada al gigante de pies enormes que había robado a *Scamper* y a sus compañeros de infortunio. Además, parecía indispensable que el ladrón llevara un vehículo para transportar a los perros.

«Supongamos que el cartero diera la carne preparada a este perro, que el animal

se la comiera y se quedara dormido. No es posible que después se lo echara al hombro y lo transportara sin que nadie le viese. Todo el mundo se daría cuenta de que llevaba un perro auestas y le haría mil preguntas. Me gustaría saber si el mozo de la tienda de comestibles tiene también poder de atracción sobre los perros. Éste sí que va con un carro... Pero ahora recuerdo que Colín me dijo que estaba descartado. Esto es un verdadero rompecabezas».

Jack decidió seguir al cartero para ver si todos los perros de las casas que visitaba le daban las mismas muestras de cariño. Así, echó a andar detrás de él, ocultándose cada vez que el cartero se colocaba de modo que podía verle. Efectivamente, todos los perros lo recibían con grandes muestras de alegría y cariño.

«Es igual que Bony, sólo que con más años. ¿Qué demonios tendrán Bony y el cartero para atraer así a los perros? No lo comprendo. Debe de ser un don natural».

Continuó la persecución del cartero hasta que éste llegó a las oficinas de correos. Ya estaba Jack a punto de volverse a casa, cuando vio que el cartero volvía a salir. Había dejado la cartera con la correspondencia. Al ver a Jack, le sonrió.

—¡Hola, muchacho! —le dijo—. Ha terminado mi jornada. He andado mucho y mis pobres pies necesitan descanso.

Jack no sabía dónde vivía el cartero y decidió averiguarlo. Sin duda, tendría algún perro. A lo mejor, tenía dos o tres.

Siguió de nuevo y cautelosamente al cartero hasta que le vio entrar en una casita de campo próxima a la población.

En el jardín había una mujer bajita lavando la ropa. Se parecía tanto al cartero, que Jack supuso que era su hermana.

—Hola, Tommy —exclamó—. Tu merienda está en la cocina y el té en el fuego. Sírvetelo tú mismo. ¿Vas a salir también esta noche? Me parece que volverá a nevar.

—Sí, Liz, saldré esta noche. Hay más cartas que repartir. La noche es oscura, afortunadamente.

Jack se estremeció. «Oscura, afortunadamente». ¿Por qué le parecía una suerte que reinara la oscuridad? Pero de pronto se dijo:

«¡Qué tonto soy! No debo sospechar del cartero. Quiere a los perros y los perros le quieren a él».

Jack hace un descubrimiento sorprendente

A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en la población.

—Han robado otro perro, ¿se ha enterado? El magnífico cachorro alsaciano del señor Kaye. Sólo tenía cuatro meses y ya valía una fortuna. Dios sabe lo que le habría costado.

Fue la cocinera la que dio la noticia a Peter y a Janet.

—¿Sabéis lo que ha pasado? El ladrón de perros sigue haciendo de las suyas. El cachorro alsaciano del señor Kaye ha desaparecido.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Janet.

—El cartero —repuso la cocinera—. «Otro hermoso perro desaparecido», me ha dicho. Y luego me preguntó si habíamos encontrado a *Scamper*. Es algo horrible, ¿verdad? Ningún perro de valor está seguro: sólo desaparecen los que se venden a altos precios.

Jack se había enterado también del nuevo robo, con la indignación consiguiente. «¡Otro perro desaparecido! —había exclamado—. Era bastante grande a pesar de ser un cachorro».

Como conocía al señor Kaye, decidió visitarlo.

Llegó a la puerta de su casa en el momento en que el señor Kaye se despedía de dos agentes que habían ido a hacer indagaciones acerca del robo.

—Bien, bien; haremos lo que podamos, señor —estaba diciendo uno de los policías— pero le confesamos que no tenemos ninguna pista del ladrón de perros. Ni siquiera sabemos dónde tiene a los animales robados. Es un ladrón muy astuto, señor. Pero daremos con él. De modo que no tiene usted por qué inquietarse.

—¡Lo queríamos tanto! —exclamó el señor Kaye—. ¡Es tan doloroso para nosotros su pérdida! Yo me sentiría orgulloso de tener un animalito así. Ese ladrón merecería que...

En este momento vio a Jack y enmudeció.

—¿Qué hay, Jack? ¿Te has enterado del robo de mi cachorro?

—Sí, señor —contestó Jack—. He venido a decirle lo mucho que lo siento y a ponerme a su disposición. ¿Puedo hacer algo, señor Kaye?

—Eres muy amable, Jack. Entra. Te hablaré de *Sasha*, que así se llama mi perro. No comprendo cómo lo han podido robar. Es un misterio. No quería ir con nadie: sólo conmigo. Aunque tenía poco tiempo, era ya un perrazo. De modo que si alguien hubiera intentado llevárselo a la fuerza, se habría defendido.

Entre tanto habían entrado en la casa. Cuando llegaron a la sala, el señor Kaye mostró a Jack una fotografía de su querido *Sasha*.

—Es hermoso, ¿verdad? Ofrezco una buena recompensa por su devolución. Pagué más de cien libras por él.

—¿Cuándo desapareció? —preguntó Jack.

—Ayer tarde, a eso de las seis y media. La oscuridad era completa y había

nevado. Dejé salir a *Sasha* para que se expansionara un poco por el jardín. Y cuando lo llamé, no acudió. Lo busqué por todas partes. Encendí mi linterna y sólo vi las huellas de las patas de *Sasha* y otras de unos pies enormes. La policía me ha contado que este caso se ha repetido en los demás de perros robados. Se trata, pues, de un individuo de pies enormes que actúa en el momento en que los perros salen a hacer sus necesidades. Entonces desaparecen para siempre. Te confieso, Jack, que no oí el menor ladrido mientras *Sasha* estuvo fuera.



—¿Llamó alguien a su casa ayer tarde? —preguntó Jack.

—Que yo sepa, no —repuso el señor Kaye—. Por lo menos, no recuerdo que nadie viniera a verme. Mi mujer y yo llevamos una vida muy retirada. Por eso me ha conmovido tu visita y que te tomes tanto interés por mi desgracia. Eres muy bueno, muy bueno... Gracias, hijo, gracias.

—¡Deseo tanto que *Sasha* vuelva a aparecer! —exclamó Jack. Y luego insistió—: ¿Está usted seguro de que nadie llamó a su puerta, señor Kaye?

—Si alguien me hubiese visitado lo recordaría. Y también lo recordaría mi mujer. En seguida hubiéramos sospechado de él o de ellos... Bueno, adiós y muchas gracias.

Al marcharse Jack estuvo un rato examinando las huellas impresas en las cercanías de la entrada del jardín. Las había de todas las formas y tamaños. Unas eran de pies grandes, otras de pies pequeños. Estaban todas mezcladas y no se podía sacar

ninguna conclusión de ellas. Eran muchas las personas que habían entrado desde entonces en el jardín nevado, y las huellas del ladrón estaban confundidas con las demás.

«Esto es un rompecabezas. No le veo la solución —se dijo Jack—. Examinemos el caso del robo de *Scamper*. ¿Cómo lo cometerían? Nadie lo oyó ladrar, nadie le vio y no parece culpable ninguna de las personas que frecuentan la casa. ¿Quién será el ladrón? ¿Cómo se las arreglaría para entrar en el jardín, espiar a *Scamper*, apoderarse de él y llevárselo sin que nadie lo viera? Estoy perplejo. Sin embargo, a la fuerza tiene que haber una explicación sencilla para todo esto, una explicación que ni la policía ha logrado deducir. Por otra parte, ¿dónde estarán los perros robados? ¡Desaparecen como si se los tragara la tierra! Sin embargo, han de estar en alguna parte, ya que el ladrón sólo los roba para venderlos a un precio elevado».

El pensamiento de Jack volvió a lo que había oído decir al cartero: «La noche es oscura, afortunadamente». ¿Por qué les gustaría la oscuridad al cartero y a su hermana? ¿Estarían en combinación con los ladrones? Había que tener en cuenta que precisamente después de haber dicho el cartero aquellas extrañas palabras, se había cometido el robo de *Sasha*, el cachorro alsaciano del señor Kaye.

«Es imposible que el cartero sea el ladrón —siguió reflexionando Jack—. Es un hombre de escasa talla. Sus pequeños pies no pueden haber dejado las grandes huellas que se han visto en la nieve. Adora a los perros, de modo que no puede desear privarlos de las condiciones que tienen en sus casas. Por otra parte, no es posible que se llevara a *Scamper*: si lo hubiese hecho, alguien le habría visto con el perro al lado. Sin embargo, no estaría de más que esta tarde me diera una vuelta por su casa. Tal vez descubra algo. A lo mejor tiene sótano y en él esconde a los perros... ¡No, no!: esas casitas no tienen bodega».

Después de las cuatro, Jack se puso en camino hacia la vivienda del cartero. En la casa no había nadie en aquel momento: tanto la puerta principal como la posterior estaban cerradas. El cartero debía de estar repartiendo la correspondencia, y su hermana Liz, de compras. Era una buena ocasión para echar un vistazo.

«No es que espere encontrar nada que aclare el misterio —se dijo Jack—, lo más probable es que me encuentre sobre una pista falsa. No creo que el cartero y su hermana regresen en seguida y me cojan con las manos en la masa».

Recorrió palmo a palmo el jardincito. Trató de abrir el cobertizo, pero no pudo: estaba cerrado con llave. Miró por la ventana de la cocina. Le pareció vergonzoso lo que estaba haciendo. ¿Qué diría su padre si le viera? Pero se acordó de Matt, de lo desesperado que estaba por la pérdida de su perro. Y de Peter y Janet, de las lágrimas que derramaban por *Scamper*, y decidió:

«¡No hay más remedio! Tengo que descubrir algún detalle que pueda llevarnos a una pista».

Volvió al cobertizo, encendió su linterna y dirigió la luz al interior, a través del vidrio de una pequeña ventana. Al principio no pudo distinguir nada claramente, pero

luego sus ojos se acostumbraron a la penumbra del interior y vio varias macetas, una escoba vieja y... algo más, algo sorprendente. ¡Sí, sorprendente!



Jack miraba y volvía a mirar. De pronto, oyó un ruido que le hizo volver la cabeza. Corrió hacia la tapia y trepó por ella. Pronto estuvo fuera del jardín. Ante la verja se había detenido un coche. Jack había oído chirriar los frenos. Era una camioneta roja, el coche de correos, el que se utiliza para repartir los paquetes grandes y transportar las sacas. Sin duda el cartero interrumpía momentáneamente su trabajo para tomarse una taza de té. Jack huyó por los campos que se extendían detrás del jardín y consiguió desaparecer. Había tenido suerte. Si hubiera tardado un minuto más en saltar la tapia, le habrían atrapado.

¡Muy bien, Jack!

Jack volvió a todo correr hacia su casa. Sentía como si la cabeza le fuera a estallar. No podía olvidar lo que había visto en el cobertizo. Necesitaba contárselo a alguien; lo necesitaba a toda costa. Si lo que había visto significaba lo que suponía, el gran misterio de los perros desaparecidos se habría aclarado.

En la puerta del jardín se encontró con Bony y Sussy. Ésta le detuvo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara? ¡Cuéntamelo!

Jack se desprendió de un tirón. ¡Sólo le faltaba su hermanita! No estaba en aquellos momentos para soportarla. Lo mejor sería que fuera a la granja. Sí, aunque no perteneciera ya al club de los Siete Secretos tenía que ver a Peter y a Janet.

Echó a correr, cosa que no hizo ninguna gracia a Sussy, y pronto llegó a la granja. Llamó nerviosamente.

—¡Hola, Jack! ¿Qué ocurre? —preguntó Peter, después de abrir la puerta.

—Algo muy importante —exclamó Jack—. Creo que he descubierto al que roba a los perros. ¿Dónde está tu padre?



—En su despacho —dijo Peter con un gesto de asombro—. ¡Corre! ¡Por aquí!

Pronto se vio Jack en el despacho del padre de Peter, rodeado por toda la familia, sorprendida y deseosa de escucharle.

—Creo que sé quién robó a *Scamper* —dijo—. Me apostaría la mano derecha a que no me equivoco.

—¿Quién ha sido? —preguntó al padre de Peter.

—El cartero —repuso Jack.

Hubo un profundo silencio. Peter tomó la palabra.

—Eso es imposible, ¿verdad, papá? La policía asegura que el ladrón tiene los pies grandes. Lo deduce de las huellas que ha dejado en la nieve. Además, el ladrón ha de disponer de un carro para llevarse a los perros.

—El cartero es bajito, y sus pies, muy pequeños —observó la madre.

—Bien, pero van a saber ustedes lo que he visto en el cobertizo del cartero hace un momento —dijo Jack—. He visto un par de botas de tamaño descomunal ¿Para qué las necesita el cartero? Desde luego, no son adecuadas a sus pequeños pies. Por lo tanto, sospeché en seguida que se las puso para ir por la nieve a robar a *Snowy* y a *Shadow*. En una palabra, se las ponía para robar perros en la oscuridad de la noche y dejar en la nieve las huellas de unos grandes pies, con objeto de desorientar a la policía. Estoy seguro de que si logramos apoderarnos de ese par de botas y las ponemos sobre las huellas reproducidas por la policía, coinciden exactamente.

—Pero en el caso de *Scamper* —observó Peter—, no había ni nieve ni huellas. Desapareció sin dejar rastro. Sabemos que no se fue con el cartero, porque, si se hubiera ido, los hubieran visto ir juntos por las calles.

—¿Os trajo ayer el cartero algún paquete? —preguntó Jack, y añadió al ver que la madre de Peter asentía con la cabeza—: ¿Sí? Entonces se llevó al perro en el mismo coche en que distribuye los paquetes. Fue sumamente fácil para él acariciar a *Scamper* y conseguir que le siguiera hasta el coche, donde le encerró. Así se lo pudo llevar sin que nadie lo viera. *Scamper* ni siquiera ladraría, ya que era amigo suyo. Seguramente, utilizó el mismo procedimiento para llevarse a los otros perros. Para robar el del viejo Matt, aprovecharía la ocasión de tener que llevar una carta al pastor. Se trasladaría a las colinas en la camioneta de correos y la dejaría en el camino inmediato al prado donde pacen los corderos. Después se llevaría a *Shadow* a la camioneta, lo empujó y, ¡plaf!, cerraría la puerta. No puede estar más claro.

—Todo eso es muy grave —dijo el padre de Peter—. Has de llevar mucho cuidado con lo que dices, Jack. ¿Estás seguro de todo lo que has contado? ¿Has visto de veras esas botas de que hablas? ¡A mí no se me ocurrió pensar en el coche de correos! Desde luego, con él se pudo llevar a *Scamper*. Éste le seguía sin recelo, pues sabía que era amigo de la casa.

—Y piensen —dijo Jack— que, utilizando la camioneta, también pudo llevarse a los perros que no le conocían y que tenía que dejar dormidos previamente con un trozo de carne preparada. La policía dijo que había mucha nieve removida en alguna de las casas que han perdido sus perros. Esto puede ser una prueba de que se les arrastró.

—¡Es asombroso! —exclamó el padre de Peter—. Sí, todo está muy claro; todo encaja perfectamente. A los perros conocidos se los llevaría haciendo que le siguieran; a los otros, los dejaría aletargados, y los arrastraría sobre la nieve hasta la camioneta. Y finalmente se los llevaba. Pero ¿adonde?

—La policía se lo hará confesar —dijo la madre de Peter—. ¡Qué hombre tan malvado! ¡Cuántos trastornos y disgustos ha causado! ¡Pobre Matt! Está aniquilado. Desde que le robaron a *Shadow* parece tener diez años más.

—¡Ya se rejuvenecerá cuando recupere a *Shadow*! —exclamó Janet—. ¡Oh! ¡No perdamos tiempo! ¡Hagamos algo! Obliguemos al cartero a decirnos dónde ha

escondido a los perros. ¿Habrá vendido a *Scamper*? ¿Podremos volverlo a comprar? ¡Pronto, papá! ¡Pronto, mamá! ¡Hagamos algo!

—Debemos explicarlo todo a la policía, ¿no? —dijo Peter—. Ella sabe hacer confesar a esos hombres, ¿verdad, papá?

—Sí —dijo éste. Y volviéndose hacia Jack, le dio una palmadita en el hombro—. Tendrás que venir conmigo, Jack. Lo has hecho muy bien. Te has apuntado un éxito en un asunto contra el que nos habíamos estrellado todos. La policía querrá saber lo que sólo tú puedes contarle. Vámonos.

—¿Podemos ir nosotros también? —preguntó Peter.

—No, sólo puedo llevarme a Jack.

Y dijo a su mujer que telefonara a la policía y le anunciara su visita y el motivo de ella.

Y, saliendo de la casa, se sumergió en la oscuridad de la noche, seguido de Jack. El ex miembro del club rebosaba de satisfacción. Peter lo cogió del brazo.

—¡Oh, Jack! ¡Eras magnífico! Gracias por haber venido a traernos noticias tan estupendas.

Jack se sentía feliz mientras iba al lado del padre de Peter, camino del puesto de la policía. Todos estaban emocionados. ¡Bravo, Jack!

Otra vez viento en popa

Peter, Janet y su madre se consumían de impaciencia esperando el regreso de Jack y el cabeza de familia. Les pareció que habían pasado siglos cuando oyeron el frenazo del coche y los vieron aparecer. Janet fue la primera en oír un ladrido familiar, y gritó loca de alegría:

—¡*Scamper!* ¡Es *Scamper!*!

En efecto, era el idolatrado y sedoso *Scamper*. Con sus largas orejas y su paso nervioso, irrumpió en el vestíbulo. Su cola se movía a una velocidad vertiginosa.



Se abalanzó sobre Peter y Janet, ladrando y brincando de alegría. No podía dejar de ladrar y se quedó sorprendido al lamer la cara de Janet y notar el sabor salado por las lágrimas.

—¡También traen a *Shadow!* —exclamó Peter—. ¿Cómo lo has conseguido, papá? ¿Está bien?

—Está perfectamente, pero no se quedará tranquilo hasta que vea a Matt. Me gustaría ver la cara que pone el pastor mañana, cuando se encuentre con él.

—¡No, papá! Deja que vaya en su busca esta noche. Saldrá disparado hacia las colinas y encontrará a Matt sin necesidad de que nadie le guíe. Piensa que nuestro pastor no querrá tener testigos cuando se encuentre con *Shadow*.

—Tienes razón, Janet —dijo su madre—. Sacad a *Shadow* de la casa y dejadle ir al encuentro de Matt.

Abrieron, pues, la puerta y el viejo *colley* salió como una flecha y desapareció en la oscuridad ladrando alegremente.

—Va diciendo: «Matt, Matt, Matt» —tradujo Janet—. ¡Oh, *Scamper*, mi querido *Scamper*, cuánto te he echado de menos! Ese cartero es un monstruo. ¡Dedicarse a robar perros!

—¿Qué ha ocurrido cuando habéis llevado a la policía a casa del cartero? —preguntó Peter a Jack.

—La cosa ha sido fácil —repuso Jack—. Liz, la hermana del cartero, se ha asustado tanto al vernos que en seguida ha cantado de plano. El cartero no estaba en

aquel momento. Ha llegado más tarde. Liz nos ha confesado que su hermano se ponía aquellas botazas para hacer creer que el ladrón era un hombre alto y robusto. Daba fuertes pisotones en el suelo para dejar huellas profundas como las que dejan las personas de peso.

—La mayoría de los perros le seguían voluntariamente, según cuenta Liz —dijo el padre de Peter—. A algunos tenía que dormirlos dándoles un trozo de carne preparada, como nosotros habíamos supuesto. Lo curioso es que los perros le adoran.

—¿Adonde los llevaba? —preguntó la madre.

—A casa de un amigo suyo que vive a unos seis kilómetros de aquí. Amigo o pariente lejano. Este individuo guardaba los perros. Pensaban esperar hasta que se olvidara el asunto y venderlos entonces tranquilamente. El cartero ganaba mucho dinero con este negocio.

—¿Y dónde está ahora ese hombre? —preguntó Janet.

—En la cárcel —respondió el padre, ceñudo—. Desde luego, merece un buen castigo. Es un desalmado. Afortunadamente, ese amigo o pariente que los guardaba los trataba muy bien. El cartero utilizó el coche de correos para llevarse a *Scamper* y a todos los perros robados a casa de su cómplice. No es, pues, extraño que pareciera que se los tragara la tierra.

La madre de Peter abrazó a Jack, que se sentía visiblemente feliz.

—Te haremos un regalo —dijo—, un gran regalo, el más bonito que te puedas imaginar. Has hecho un gran trabajo. Primero descubriste las grandes botas en el cobertizo del cartero y luego todo lo demás. ¿Qué recompensa le damos? —preguntó a su marido.

No quiero nada —dijo Jack, poniéndose colorado—. Mi recompensa es ver lo contento que se ha puesto *Scamper* al regresar a su casa y la alegría que se han llevado ustedes al verlo aparecer.

Janet dijo algo a Peter en voz baja y éste asintió. Seguidamente preguntó a Jack:

—Jack, ¿quieres hacerme un favor, un gran favor?

—Desde luego —repuso Jack sin vacilar.

—Entonces permíteme que te prenda esto en la chaqueta —dijo Peter, sacando del bolsillo la insignia del C. S. S. que Jack había devuelto al club semanas atrás—. ¡Acéptala, Jack! Te hemos echado mucho de menos. Tu ausencia nos preocupaba a todos. Debes volver. Mañana celebraremos una reunión en el cobertizo y contaremos tu gran aventura. Mejor dicho, la contarás tú. Explicarás cómo condujiste a la policía a aquel cobertizo y todo lo demás.

—Conforme —dijo Jack, y sus ojos brillaron cuando Peter prendió la insignia en su solapa—. También yo os he echado de menos. ¡Ahora volvemos a ser los Siete Secretos! ¡Qué contento estoy! Y ¡qué sorpresa se va a llevar Sussy! Estoy deseando ver la cara que pone al enterarse. *Scamper* asistirá a la reunión, ¿verdad?

—¡Guau, guau! —contestó *Scamper* inmediatamente, moviendo la cola.

—Dice: «Ya lo creo, yo lo creo» —interpretó Janet, y no se equivocaba.

—Y ahora vamos a comer algo —dijo la madre—. Estas emociones abren el apetito. *Scamper*, ve a pedirle a la cocinera el hueso más grande que tenga.

Scamper se encaminó a la cocina saltando alegremente. La cocinera le dispensó un caluroso recibimiento. Regresó satisfechísimo, arrastrando su presa. La llevó a su alfombra y allí se echó para roerla.

—No ha olvidado sus buenos modales —dijo la madre, complacida—. Quisiera saber si el viejo *Shadow* ha llegado ya allá arriba, a las colinas nevadas.

Shadow seguía corriendo hacia la choza del viejo Matt, su amo querido. Corría sobre la nieve, montañas arriba. El cielo se había despejado y las estrellas iluminaban suavemente el campo.

Si Matt había añorado a *Shadow*, éste había sentido aún más nostalgia por Matt. No había comido nada desde que lo separaron de él y estaba tan flaco como un galgo.

Corría y corría siempre adelante. Al fin, divisó la cabaña de su dueño, que se alzaba en la colina y cuya silueta se recortaba contra el cielo nocturno.

Un leve resplandor salía por la pequeña ventana.

Shadow no tenía fuerzas para ladrar, tan larga y continua había sido la carrera. Llegó a la cabaña y se lanzó contra la puerta.

Matt se sobrecogió al oír el golpe.

—¿Quién? —gritó.

Entonces oyó un gemido que le hizo levantar de su silla de madera. *Shadow* rascó la puerta y empezó a ladrar. Las manos de Matt temblaban de alegría mientras recorría el cerrojo.

—¡*Shadow*, mi viejo amigo! ¡Has vuelto a mi lado! —exclamó Matt con una voz en la que se mezclaban la emoción y la sorpresa.

Y *Shadow* se lanzó sobre el viejo pastor. Le ladraba, le lamía y no cesaba un momento de mover la cola.

Matt se dejó caer en su silla y *Shadow* se echó a sus pies, apoyó la cabeza en las rodillas de su dueño y se quedó mirándole con una expresión de cariño y fidelidad en sus ojos castaños. Matt le acariciaba. Su mano vieja y huesuda pasaba y volvía a pasar sobre la cabeza de pelo sedoso.



—Te he echado mucho de menos, viejo amigo —exclamó—. Te añoraba como a un hermano y la pena me estrujaba el corazón. ¿De dónde y cómo has venido a mí en esta fría noche estrellada? Sabías que te esperaba, ¿verdad? Te esperaba a todas horas, de día y de noche. Y sabía que vendrías, mi buen *Shadow*; sabía que vendrías. Bueno, echémonos a dormir. Esta noche dormiremos juntos y en paz.

¡Adiós, viejo Matt y viejo *Shadow*! ¡Adiós, *Scamper*! ¡Adiós, Siete Secretos!
¡Qué agradable es saber que todos vuelven a ser felices!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.